

Arquitecturas Mínicas

de Marcos Xalabarder

Arquitecturas Mínimas

Publicado por Marcos Xalabarder
gracias a Lulu.com.

2ª edición

© Marcos Xalabarder Aulet, 1996

Todos los derechos reservados. Prohibida la
reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimientos sin el permiso
escrito del autor.

Registro de la Propiedad Intelectual num. B-19601

Portada: Arturo Xalabarder

Índice

Prólogo	7
La Ovación.....	9
Compromiso	19
Blando y húmedo	23
Bucle.....	35
Corrientes.....	43
De la construcción de las pirámides.....	49
De reajo.....	55
Detalles	65
Distracciones	71
Dos hijos	75
Ejes.....	81
El ascensor	89
Equilibrio.....	101
Exploraciones	109
Fricciones	115
Impulso.....	121
Inquietud	131
Un juguete	137
Aforismo.....	143

Prólogo

El libro que tienes entre tus manos se escribió a lo largo de unos cuantos meses entre 1993 y 1998. Su publicación ha sido posible gracias a la propuesta de Lulu.com.

Estos son relatos que pertenecen a otra época de mi vida. A otra vida, de hecho. Oscuros y concentrados, un tanto alambicados, están escritos desde la más absoluta desconexión emocional con los demás. Son paisajes destilados por una mente afectada por la incomunicación con el mundo que la rodeaba.

Afortunadamente esos tiempos han pasado.

Ahora, estos textos que en su día me sirvieron para exorcizar tantas y tan agolpadas emociones inexpresables, pueden al fin ver la luz en la forma de un humilde libro de relatos. Siento una emoción especial al releer estas páginas, que he procurado no mejorar ni corregir para serle fiel al Marcos que las escribió. Puedo verle sumido en su soledad, con la imaginación estirándose hasta las esquinas del mundo para ampliar un poco su angosto espacio vital. Si hoy veo este libro publicado, lo considero un homenaje a él, que transitó la parte más sedienta y solitaria de mi vida.

Quiero dedicarle este libro a mis padres, a mi hermana María y a toda mi familia. También se lo quiero dedicar a Ana, a quien le dije que le dedicaría el primer libro que publicara: Ana, donde quiera que estés, ahí va mi cariño por nuestra amistad. Y especialmente se lo quiero dedicar a Judith, con quien anduve algunos caminos difíciles del alma, pero siempre hacia la luz.

Marcos Xalabarder Aulet. Madrid. Diciembre 2006

La Ovación

(premio Juan Benet de Relato Breve 1994)

A Care

La luz también. La luz también seguía la dirección de su mirada y descubría al final de ella la imagen triste de la mujer del boticario, postrada de enfermedad o de olvido sobre el escenario. Y los demás actores, congregados ya en torno a ella, anunciaban al público absorto el silencio que precede a la muerte. Todos, en una tensión perfecta, se dejaban desdibujar por la luz de los focos que sólo atendía al camino entre los ojos del hombre y los labios de la mujer, que murmuraban las trágicas palabras del segundo acto. De pronto, un nuevo actor irrumpió en el escenario y un súbito impulso hizo estallar los aplausos entre el público.

El arrebato se inició al unísono en las últimas filas y, de inmediato, contagiándose las unas a las otras, las demás filas también se sumaron a la

manifestación de entusiasmo, aun cuando no tenían tiempo de comprenderla. Las líneas del fondo que, de tan alejadas, apenas podían entender lo que sucedía realmente en el escenario, percibían aquel seguimiento como una aprobación indudable de su iniciativa, como un consentimiento de quienes les precedían en el espacio. Era una señal de acierto que les invitaba a redoblar con energía los esfuerzos y a proyectarlos en seguida hacia delante. El estruendo ya se había apoderado de tal forma de las voluntades que ningún individuo pudo renunciar por su propia cuenta a incorporarse a la espontánea ovación.

Pronto el teatro entero aplaudía con un ritmo creciente, imparable, en una aclamación inmensa. Cada línea de espectadores pugnaba por ponerse a la altura que las demás le exigían. Por detrás, el fragor las espoleaba y las obligaba a engrandecer su entrega. Por delante, la carrera de las palmadas se les antojaba una guía que debían alcanzar si no querían ahogarse en el entusiasmo que se abalanzaba sobre ellos. El empuje y el ritmo cobraban forma y firmeza, y la dirección de los aplausos se hacía cada vez más nítida, hasta casi definirse como un solo camino posible, como una orden.

El rugido, unánime, era un solo cuerpo del que nadie podía sustraerse. Como una respiración, venía desde los laterales, se vertía desde los palcos hacia la platea y la inundaba hasta que los aplausos -uno a uno, y todos juntos, como un mar embravecido- se golpeaban entre sí y emprendían el regreso en todas direcciones: hacia el techo, hacia los vestíbulos, contra el escenario. Ora una columna constituía el eje de los aplausos y en torno a ella, simétricas, se congregaban y disgregaban las palmadas. Ora la orientación cambiaba y el fragor trazaba un enorme círculo en cuyo centro se hundía la presión acústica, para brotar más tarde, con la fuerza multiplicada, en alguna otra dirección. Cuando se percibía un descenso leve del clamor en alguna de sus latitudes, el empeño se arrojaba enérgicamente hacia los transgresores y contra esa esquina que cedía se proyectaban nuevos estímulos para reconstruir la euforia debilitada. Entonces los aplausos eran como pilares, como vigas de sostén que procuraban resarcir todos los desfallecimientos, cubrir los resquicios de una ingeniería aclamatoria casi perfecta, dirigida por un impulso colectivo inasible. Cualquier flaqueza podía poner en peligro la

arquitectura del conjunto y de esta suerte convertirse la euforia en mero estrépito y desorden. El público sentía que su integridad dependía de la forma de la ovación, del rigor de la ovación, de la belleza de la ovación. Ya nada importaban la escena ni el actor que había encendido el impulso. No importaba la justificación de aquellos aplausos, ni el estupor de los actores. No había más que concentración en las propias palmadas. No habían más miradas que las fijadas en los propios dedos: entrechocando, abriéndose y cerrándose, estirándose y arañándose una y otra vez.

En medio de aquel teatro levantado en aplausos, sólo el acoso continuo de unos y otros suscitaba un temor íntimo y recóndito, como de algo que se presentía pero a lo que era imposible prestar atención por el momento. En cada individuo pugnaba un aviso, una alarma que no era más que un picor imposible de examinar mientras se estaba entregado al fervor. En aquella extrema concentración, ni siquiera el ejercicio continuado de las palmas y el dolor de los músculos repetidamente excitados eran objetos de cuestión.

Inútilmente, los estómagos plañían sus

temores, incapaces de retener la atención que se ponía exclusivamente en las manos y el tempo de los golpes. Pero no existían resquicios para el alivio, para el descanso o la razón. No habían voces, no habían bravos que añadiesen o quitasen algo a la ovación. Había, debajo de ella, el silencio más sordo y absoluto: ningún apoyo, ninguna ayuda acústica que alterase la cadencia adquirida de los aplausos: nada que prometiese el consuelo de una distracción.

El público sólo obedecía al estímulo incansable de su alrededor, porque ¿Qué línea de espectadores iba a negarse a compartir lo que con tanta unanimidad y consenso estaba produciéndose? ¿Y qué individuo solitario iba a transgredir el ritmo, a creer por un instante -un instante del que no disponía pues no podía detenerse- que tenía más argumentos que todos los demás para no aplaudir? ¿De dónde habría sacado el tiempo para la reflexión estando como estaba atrapado en el fanatismo y, aún más, de dónde la fe en sí mismo para acometer semejante empresa? Y si, por un brevísimo lapso, algún individuo hubiera conseguido zafarse, aun a pesar de la fuerza que sus manos deberían vencer para calmarse, ¿cuánto habría resistido a los continuos

embates de los aplausos, que como golpes de viento volvían una y otra vez a concentrarse en él hasta conseguir de nuevo su adhesión? Y probablemente tras el enorme esfuerzo, y tras el enorme fracaso, aplaudiría con más rabia que antes, con mucha más furia, para que se le oyese por encima de los demás o para marcar un compás duro, resentido y exigente y ocultar así su soledad y su falta de energía a los demás. Para no sentir la vergüenza.

A medida que avanzaban los minutos, a medida que la exageración de aquella ovación era más grotesca y ya sin retorno, un sentimiento común de horror iba uniéndose a la esclavitud individual del público. Sabiéndose a merced de las corrientes que indefectiblemente los traían y llevaban desde el fondo del aplauso hacia los crescendos, los espectadores sentían ya el íntimo desagrado de su inexplicable reacción. Como una conciencia oscura, que nunca acababa de manifestarse, se acumulaban densamente el miedo y el asco en sus espíritus.

La loca alegría del principio, el irreverente entusiasmo de las primeras palmadas, se trocaron en rencor. Los aplausos eran ahora agresivos, acreedores y punitivos. Todas aquellas inteligencias, que en los

momentos ya imposibles de la calma habrían podido evitar el estruendo o lo habrían condenado, ahora, definitivamente desposeídas de la razón, proyectaban al unísono su rabia y su celo contra el escenario, contra el actor que los había puesto en evidencia los unos ante los otros. Pero también surgía otro color de las manos encarnadas: el dolor, el autocastigo. Los aplausos eran golpes cada vez más severos que el público se propinaba para no tener que pensar, para distraer con el sufrimiento la imbecilidad que estaba protagonizando.

Y el tiempo ya se enajenaba, y sólo cuando su última noción estaba por perderse en el sufrimiento de la ovación los espectadores comenzaron a soltar lastre pesadamente. Hasta que, muy lentamente, con el tedio de saber que al silencio le seguiría el juicio de todo lo ocurrido, uno tras otro dejaron de aplaudir.

Cuando sobrevino milagrosamente la calma, el público levanto la vista hacia el escenario. Allí, desde las tablas, el actor les contemplaba asustado.

Sin mirarse, con la respiración agitada, los espectadores hincaban los ojos en la boca del actor. Quizás se habían malinterpretado mutuamente.

Acaso no se habían entendido y habían tomado la acción del actor por lo que no era. Puede ser que él los incitase, o que ellos se precipitasen. En cualquier caso, ahora lo pagaban con el oprobio y con la vergüenza. Si hubiesen tenido un poco de tiempo, pensaban, una sola oportunidad o un intervalo mínimo durante el cual alguien con el carácter y la fuerza de voluntad necesarios -y los había entre el público-, alguien dispuesto a la renuncia y al arrojó, hubiese tomado las riendas de aquella locura y las hubiese detenido a tiempo... Quizá habría podido dirigir aquellas palmas desbordadas hacia el silencio, hacia la orilla de la salvación, hacia una rendición digna. Y entonces hasta habría sido posible la adhesión de uno, dos o quizá más individuos dispuestos a colaborar y a detener la deriva del teatro, por lo menos como un signo de que se entraba en razón, de que se comprendía a qué extremo se había llegado y de que así quería manifestarse públicamente. Si hubieran respirado una sola vez y hubiesen logrado que el silencio se clavase por un instante en el fragor... Con unos pocos intentos algunos habrían conseguido evadirse de aquella fiebre y entonces habrían podido organizar una operación de

emergencia, distribuyéndose entre las filas y los palcos y actuando para que otros muchos abandonaran por fin la inoportuna e insensata ovación.

Ya todo, sin embargo, había sucedido. Se escudriñaban con perplejidad y con miedo, con reproche y con odio tensado. En aquella densidad, en el recinto repentinamente angosto del teatro, un sentimiento de humillación sobresalía entre todos: la evidencia de que habían estado aplaudiendo sin motivo, en una locura inexplicable suscitada por un actor desconocido que todavía no había recitado su papel. Habían agotado, además, los aplausos destinados a los demás actores. ¿Qué sentido tendría ya aplaudir al final de la obra? ¿Y acaso podían los actores reanudarla, como si nada se hubiera perpetrado allí abajo, ante ellos? ¿Acaso podían creer que en adelante su trabajo conseguiría distraer al público del enorme escándalo en el que había caído?

El actor que había irrumpido en el escenario permanecía quieto. En silencio, en la inmovilidad más tensa, todos esperaban, público y demás actores, a que aquel hijo de la gran puta dijera lo que había venido a decir.

Compromiso

Dos hombres se dan un afectuoso apretón de manos en una Convención de Psicología Epidérmica. Se sonríen y se miran a los ojos con alegría. Se sienten cómodos con su mutua demostración de afecto. De pronto una voz interpela a uno de los dos hombres desde un ángulo oblicuo y éste, sin soltar la mano de su colega, distrae la vista y atiende a la llamada. Mientras habla con el nuevo interlocutor, los dos hombres siguen cogidos, pero ya no hay ningún motivo para que continúen así. Íntimamente, sienten que el abrazo de sus dedos dura demasiado, pero temen que si retiran la mano la comunicación se interrumpa bruscamente y sean groseros sin quererlo. Por eso, el hombre que no habla espera a que el que está distraído termine su inciso y vuelva a mirarle. Entonces apartarán sus manos al mismo tiempo.

Cuando por fin el hombre deja de hablar con la voz, ambos reconocen al instante que llevan

demasiado tiempo tomándose las manos. Durante unos segundos de silencio sienten la impertinencia de ese apretón prolongado, pero intuyen que si uno retira la mano antes que el otro, todo el aprecio que se tenían se trocará en incomodidad: porque de pronto el inocente apretón se hará impropio, porque será violento, porque habrá un culpable. Son colegas y se estiman. Por eso ninguno se decide a soltarse ni tampoco a emprender ningún ademán que, por muy sutil que sea, dé a entender al otro que se está molesto por su causa. Así, no tratarán de reanudar el apretón para zanjarlo, porque podría entenderse como una intención deliberada de desembarazarse del otro. Tampoco aflojarán lo más mínimo la presión de sus manos porque significaría dejar en la mano del otro toda la responsabilidad de esta torpe situación. Ninguno quiere incurrir en un gesto artificial, aunque les parece imposible recuperar la naturalidad. Mientras siguen así, imaginan el consuelo de que alguien venga en su ayuda y los desuna. Ensayan unas sonrisas y, cada uno por su cuenta, sondea a su alrededor en busca de una alianza que le ayude a desembarazarse sin perjudicar al amigo. Sin embargo, su situación es tan íntima a los ojos de los demás, que

nadie se atrevería a interrumpirlos. Por eso ambos no tardan en regresarse el uno al otro. Improvisan. ¿Y si se arriesgan a abrazarse calurosamente? Podrían intentarlo, aun siendo conscientes de que lo harían para separarse de inmediato. Sería digno darse unas palmaditas en la espalda, todavía sonriendo, y alejarse luego henchidos del sentido de la educación y el buen hacer. Pero podrían quedar así pegados y volver a sentir que no pueden deshacer el abrazo. Y aunque pudieran recuperar sus distancias, todavía no habrían resuelto la mutua prisión de las manos: la alta temperatura que han alcanzado las palmas no dejaría pasar sin violencia la más ínfima incursión del aire exterior.

Como en un duelo, ambos se miran a los ojos. Se escudriñan seriamente para no dejarse sorprender. ¿Quién desenfundará primero la mano?

Blando y húmedo

Sonrió antes de volver a su lectura. Le había parecido muy divertida la simpática conversación de dos mujeres mayores en el pasillo. Una explicaba con gestos frescos y espontáneos que cómo había cambiado la vida en su barrio, que si su nieto, el de las melenas, había tenido un tropiezo con la policía pero que pronto sentaría la cabeza y se buscaría una buena moza. Su risa, cortada, rápida y franca. Sus gestos, encantadores. Sus trajes oscuros y sencillos. El chico pensó por un momento en levantarse y ceder su asiento a una de ellas pero desistió preveyendo un exceso de movimientos y desplazamientos que podrían causar mucha más molestia que favor: sentado como estaba junto a la ventana, habría tenido que pasar por delante de la chica que había a su lado y cuidar hasta el fin del viaje de sus cosas colocándolas aquí y allí. Por eso se limitó a sonreír ante la encantadora escena y a volver a su lectura

después de contemplarla un momento. De pronto, la señora dejó de hablar, lo miró fijamente y escupió desde el cerco de sus dientes un tremendo esputo que golpeó la sien del muchacho.

Y allí se quedó casi ingrávido, el esputo, parcialmente prendido de la patilla. Desconcertado, el joven palideció y se volvió hacia la señora al tiempo que dudaba de si debía o no dirigir su mano hacia la sien para palpar qué había en ella.

Su ángulo de visión se entornó de pronto, estrecho como el ojo de una aguja insolente y dolorosa. Frente a él sólo veía dos ojos que se parapetaban tras los párpados terriblemente grandes y entornados de la señora que le sentenciaban con severidad por algún incomprensible motivo. Los rasgos de la mujer parecían converger hacia aquellas pupilas de veredicto inapelable, provenientes de la barbilla, de la frente surcada y del espacio sideral de sus cabellos enfriados por las canas. Con los labios apretados le miraba enojada, aunque ningún detalle en el gesto demostrase que lo estaba. Un terror blando y húmedo se apoderó de él, repentino monigote de vudú en manos de algún niño siniestro. Entonces, sin que el tiempo transcurrido importase,

la mujer dejó de mirarle y continuó hablando con su amiga de lo que cuestan hoy los hijos. En ese mismo momento el ángulo de visión del muchacho, antes tan indeciblemente agudo, se abrió con violencia — casi con el mismo ruido que un batir de puertas— y captó todo su alrededor, desde la coronilla hasta la nariz.

—¡Qué asco!

La muchacha que se sentaba a su derecha formuló así en voz alta lo que estaba en la mente de todos los viajeros. El chico se aturdió, porque sólo unos minutos antes se habían mirado y él hubiera jurado que se habían gustado. Ahora el sudor era abundante y sentía húmedos los ojos, las manos, la espalda y las nalgas. Trató de mirar lo que le habían escupido pero ya lo sentía demasiado, frío, como para querer verlo. Todos en el vagón —y se le ocurría que incluso desde los coches delanteros y traseros— le observaban, nunca compasivos, sino profundamente disgustados. Notó en un instante cómo la chica se tapaba los ojos usando la mano como una pared; cómo el señor y la señora que se sentaban enfrente mudaban su gesto, antes de una amable indiferencia, y volvían un tanto la cabeza contrayendo músculos

sin compás; cómo el joven que estaba de pie en la plataforma se volvía de repente hacia el otro lado; cómo dos estudiantes reían sin ritmo; cómo el revisor se hacía el distraído con la maquina de expender billetes; cómo varios niños se ponían a dar vueltas como locos cerca de las puertas; cómo el mundo entero se hincaba en la blandura de sus sienes.

El chico sólo acertó a poner la mano en forma de cuenco e intentar cubrirse el esputo. Pero éste amenazaba con resbalar y posarse en su palma, cosa que él no quería de manera alguna. Se giró también para dar la espalda a toda esta gente que pensaba que qué asco, que el muchacho podía haberse traído un pañuelo, que el chico no servía para nada, que siempre sudando, que se acordarían toda la vida de él y que le recordarían en el futuro, entre bromas, lo cochino que había sido entonces. Permaneció unos momentos en una postura extraña, terriblemente asustado, lamentándose de su suerte y de su destino, que era el matadero de los marranos. Y en unos segundos de reflexión acabó por admitir que la señora aquella había hecho lo que tenía que hacer, que tenía incluso todo el derecho a escupirle.

Sabía que lo merecía de alguna forma.

Quizá por sonreír como un imbécil cuando nadie se lo había pedido, quizá por haber querido colocarse al margen de aquella gente, como un espectador privilegiado, como un “contemplador” que de todo puede sustraerse. Cuando, en verdad, él no era un espectador, sino el mismo espectáculo de la memez por creer por un momento que con esa sonrisa era alguien y podía dar algo de sí, o siquiera sentirse satisfecho.

O bien no, y el motivo estaba en su forma de volver al libro, en ese gesto que por leve había creído posible ejecutar sin despertar sospechas. Había pretendido servirse del sutil movimiento con la ingenua esperanza de que sólo él lo disfrutaría y de que nadie lo notaría. Había querido adjudicarse una actitud suficiente o indulgente que nadie en el vagón había pasado por alto, pues a ninguna inteligencia se le ocultaba que aquel joven mamarracho era un pedante o tan solo un presuntuoso gilipollas. Él no tenía el menor derecho a tomar a aquella gente respetable por una mera anécdota que podía tomar y dejar a su albedrío, de la cual podía desprenderse como si nada, de la cual podía enajenarse como si estuviera por encima del bien y del mal, sólo porque

él no era quién para hacerlo y para cualquier persona decente aquella pretensión era un insulto evidente que la señora —benditamente atenta— no le había perdonado y por eso le había escupido para bajarle los humos a ese cabrón. Y él tenía que aprender necesariamente de aquella lección y hacerse evidente su impertinencia junto con su lamentable debilidad, para que todos en el vagón respirasen un poco y aquietasen su indignación al contemplarlo por fin reprendido, aunque estaban todos lejos, como era lógico, de sentirse todavía satisfechos con el castigo que aquella buena y honesta señora le había propinado. El muchacho seguía agrediéndoles con aquel libro abierto, de páginas blancas e hirientes como referencia ineluctable para todos de su intento de superioridad. Quizá sólo quería impresionar a la chica de su lado, pero ésta ya había entendido la falacia de aquel gesto y no había dudado en corresponder con su asco a la indignación y el rechazo unánime y justo de los demás. Por eso no importaba que se arrepintiese —que se hubiera arrepentido, como creía haber hecho, una milésima después de sonreír—, porque la idiotez ya estaba consumada y castigada.

Con la mano izquierda procuraba evitar a los demás la visión de aquello y con la derecha palpaba los bolsillos en busca —desesperanzada búsqueda— de un pañuelo. Sentía con insistencia la humedad de su frente y de su entrepierna y apretaba los ojos al pensar en la marca que dejaría en el asiento al levantarse y que todo el mundo vería y que a lo peor provocaba que nadie quisiera —pudiera— sentarse hasta que el sudor se evaporara y un equipo especial de limpieza efectuara una desinfección a conciencia. Parecía que la estación no iba a llegar nunca y que él iba a tener que estar así durante el resto de sus días, si no en la realidad, sí en la mente de todos los otros y en las de aquellos que recibirían como un chiste la anécdota.

Pensó que si se decidía a limpiarse aquello con la manga del jersey la gente lo vería y redoblaría su asco hacia la peculiar situación. Pensó también que recogerlo con la mano era hartamente repulsivo y que no soportaría tocarlo. Además no habría resuelto el problema y todos le interrogarían en silencio sobre su siguiente paso. Miró brevemente a su alrededor suplicando con los ojos ayuda: qué sé yo, un cleenex o un trapo. Pero lo hizo rápidamente porque ya sabía

que no tenía derecho a pedir eso, pues era él quien había provocado todo y ya había causado bastante desagrado en todos.

Estaba en estos pensamientos cuando la muchacha de su lado no debió resistirlo más y se levantó. El ferrocarril se detuvo y ella bajó en la estación. El chico soltó tímidamente la vista por la ventana, pero ella ni se volvió ni le miró. Fuera hacía frío, sin duda, y la noche se deshacía en neblinas. Por un momento estuvo tentado de levantarse y bajar también, para resolverlo todo en los lavabos de la estación. Pero habría tenido que utilizar las dos manos, dejando al descubierto aquello, y hacerse camino entre tanta gente, lo cual, por cierto, no le habría costado mucho esfuerzo pero sí vergüenza. Por eso se quedó quieto como estaba —no por orgullo, sino por execrable cobardía.

Una mujer de unos cuarenta años ocupó el sitio que había dejado libre la muchacha. Tenía un bolso verde en el regazo y en él revolvía algo. El chico la miró de reojo desde su rara postura y vio cómo sacaba un paquetito de pañuelos de papel. Tembló unos instantes y consideró muy velozmente esto: podía pedirle uno, porque la señora no sabría para

qué estaría destinado, ya que no había sido testigo de todo o de lo contrario no estaría allí; por otra parte, los demás viajeros no le dirían nada, puesto que lo que más deseaban ahora era olvidar ese lamentable incidente. Y luego, con las manos libres, podría recogerlo todo y salir apresuradamente de allí, sin mirar a nadie. Con estas premisas el chico miró un ratito a la señora. Tenía que girar mucho la cabeza, porque estaba puesto con el tronco de lado en el asiento, hacia la ventana —donde contemplaba en los túneles sus ojos angustiados. Entonces, con un hilo de voz, le susurró algo ininteligible. La señora no se dio por aludida y el chico tuvo que intentarlo de nuevo. Esta vez la mujer se volvió un tanto extrañada pero sonriente. El muchacho le preguntó que si tenía un cleenex y, al darse cuenta de la obviedad de la pregunta, añadió a trompicones que si podía darle uno, que lo necesitaba urgentemente. La señora volvió a sonreír y le dijo que sí. Sacó un pañuelo de la bolsita y se lo dio. El chico volvió a pensar; y esta vez pensó cómo le estaría viendo la mujer: con el cuerpo así torcido, mirándola de soslayo, tapándose la sien con una mano cóncava y tomando el pañuelo con la mano más distanciada. También creyó ver a través de

aquellos ojos femeninos el sudor de su propia frente y el que iba dejándose en el asiento, así como oler a través de la nariz de la mujer el poderoso hedor de su cuerpo histérico. Pero tomó rápidamente el pañuelo y, después de abrirlo con los dedos, se cubrió con él la mano izquierda. A sabiendas de que era objeto de todas las miradas trató de ocultar en lo posible el esputo. Pero al retirar la mano de debajo del pañuelo, éste se deslizó un poco y la señora, que lo había estado mirando con disimulada curiosidad, pudo contemplar por unos instantes aquello. Su reacción fue inmediata: se llevó las manos a los ojos acompañándolas de un gesto de profundo disgusto. El chico hizo un esfuerzo sobrehumano para abreviar la evidencia, que ya duraba demasiado para todos. Se pasó el pañuelo por la sien varias veces, doblándolo por la mitad después de cada repasada. Entonces buscó sin éxito un lugar donde deshacerse del pañuelo, que ahora enarbolaba sin poder evitarlo como una bandera de oprobio y de vergüenza. Se levantó preso de una debilidad cada vez mayor. Sus vecinos de asiento, aquellos que no habían tenido la audacia de levantarse y marcharse, acaso por un filantrópico sentido de la compasión, movilizaron sus rodillas al unísono para abrirle camino. Querían

facilitarle al máximo que emprendiera su marcha a la puta mierda. Aturdido, sosteniendo en un equilibrio inverosímil el pañuelo a la vez que su cartera, sus carpetas y la chaqueta que había tenido que rescatar de la estantería del tren, el muchacho se deslizó entre los ojos de los viajeros soportando la intolerable imagen de otras sonrisas lejanas que se agrandaban justo antes de desaparecer tras las puertas de una ventana. Atravesó el estrecho pasillo como un reo que en su trayecto al patíbulo portara para su propio escarnio el objeto de su crimen. El tren pareció aminorar la marcha, quizá regodeándose en la dilatación de su miseria. Antes de detenerse en una fría estación todavía exageró aun más la lentitud de su circulación hasta el punto de que fue muy viva la impresión del joven de que el tren lo miraba con atención para no olvidar su cara.

Las puertas se abrieron impacientes y por fin sintió el chico la helada indiferente de un andén desconocido. Una brisa fría fue el único aliento ajeno al calor del vagón y al ardor de sus dedos, donde todavía yacía el pañuelo de papel. A sus espaldas, el tren se había dado prisa en desaparecer.

Bucle

Era la nonagésima vez que se quitaba la vida. Su último periplo humano había sido el peor de todos con diferencia. Los fracasos cotidianos no le habían impulsado, como en otras ocasiones, a matarse en cuanto asomaran los primeros visos de autonomía, a los cuatro o cinco años; ni tampoco había llegado a un grado notable de placer que pudiera interrumpir sin remordimientos antes de experimentar un solo desasosiego. Su intento número noventa había sido el más tedioso y agotador. Durante los 35 años que duró esta prueba no vivió más que de expectativas siempre insatisfechas. El aburrimiento de todo y el hartazgo de sí mismo se habían manifestado a una edad muy temprana. La imperceptible conciencia que le unía a sus otras vidas sugería desde el principio que aquella no iba a ser su experiencia más gloriosa. No tenía por qué esperar para suicidarse de nuevo.

Podía haberlo hecho en infinidad de momentos en los que la incomodidad le sobrevinía. De hecho, nunca había tolerado tanta incomodidad en sus otras vidas. Antes hubiera echado mano de la bolsa de plástico o del revólver, como de costumbre. Precisamente el sentido de tantas autoinmolaciones estaba en una antigua determinación de no consentir jamás una vida donde lo desagradable afectase a su felicidad. Si iba a vivir hasta el final, no podía ser renunciando a la mejor de las existencias posibles.

Pero esta vez había nacido con alguna tara, seguramente. Algo así como una banal esperanza: un deseo sutil pero firme de algo lejano, un deseo indefinido que se proyectaba inexorable hacia el futuro, que le exigía toda su paciencia prometiéndole a cambio que sus insatisfacciones adquirirían un sentido pleno al cabo de los años. Había prestado crédito a una voz interior que le garantizaba que el último día justificaría y compensaría plenamente todos los demás.

A causa de esa quimera se había dejado llevar. Había dejado que le inundase el sudor, que lo acosaran los granos y las espinillas, que lo humillase el sentimiento de inferioridad y la propia conciencia –en

esta ocasión desarrollada hasta un extremo antinatural; había soportado la carencia de todo atractivo físico e intelectual, a unos padres mezquinos y a unas amistades aburridas que nada tenían, por ejemplo, de la genialidad de aquellas que le acompañaron en su experiencia sesenta y ocho. Había tolerado ser espectador de la gloria ajena y soportado la indiferencia más escandalosa a su alrededor. Elementos todos cuya mínima concurrencia en otras existencias habría bastado para que se arrancase esa vida imperfecta y la tirase a la basura.

Y todo porque algún estúpido músculo de su organismo palpitaba rogando paciencia, despertando sueños grandilocuentes que tenían tanta fuerza como probabilidades de inclumplirse. Sueños que, por otra parte, tenían la fea costumbre de abandonarle a cada instante entregándole al asco de sí mismo y que sólo volvían oportunistas, lamedores, cuando estaba a punto de finalizar con todo. Eran esperanzas que aspiraban a la supervivencia y que se servían de tretas para transformar su vieja y romántica tendencia suicida en una vergonzosa renuncia. Todos los motivos de los que otrora se habría servido para irse al otro barrio sin pestañear eran ahora instrumentos

de edificación de un ego supuestamente heroico que le necesitaba mantener con vida.

Aun así, cada día lo acosaba la firme determinación de su hábito suicida, contenida con solo un ápice más de fuerza por ese deseo de vivir hasta el día siguiente, el día en que todas sus decepciones se transformarían en algo brillante y necesario para construir por fin una gloria más grande y redentora. A veces estas expectativas lo llevaban a la exasperación, por su ridículo planteamiento, por su imbecilidad.

A estas alturas se había dado múltiples plazos: hasta los 10 años, hasta los 16, hasta los 20, los 25... pero hasta los 35 no consiguió zafarse de aquella reticencia poderosa. Y fue ésta la muerte más triste que tuvo, porque temblaba pensando que el día siguiente a su muerte podría haber sido el señalado para su eterna felicidad.

Antes de ingerir las cajas de barbitúricos, y durante la agonía, se remitió con ira a sus otras vidas. En una había estado convencido de que era la mejor vida posible de todas las que había tenido y tendría. Todo se había desarrollado con un acierto

divino: una infancia inconsciente y alegre, un crecimiento sin traumas y repleto de protagonismos –sin competidores que le hicieran sombra–, una adolescencia brillante y gozosa, años de entusiasmo de sí mismo y de éxito... Pero tuvo que quitarse la vida precipitadamente cuando su tribu fue atacada por unos salvajes caníbales.

Y había sentido tanta rabia, otras veces... alguna vida había sido más desagradable de lo normal y no se había dado cuenta a tiempo o había vivido demasiados años en un cuerpo defectuoso o en un contexto engañoso. Entonces se había cabreado tanto que se había matado hasta seis y siete veces seguidas antes de nacer de nuevo. Y acaso había sido entonces, en uno de esos arrebatos, cuando había pasado de largo el número exacto, el momento preciso en que el destino le había deparado la mejor de las vidas posibles. Y quizá se había saltado, por culpa de un capricho, su única oportunidad de hallar la verdadera felicidad.

Su existencia, ya que no sólo su vida, era un encadenado lleno de indignación. Su propia furia acababa con él la mayoría de las veces, antes incluso de nacer. Aparecía a través de las edades, con

su fijación enfermiza y de imposible tratamiento. Volvía a decepcionarle su presente, como si hubiera albergado siempre la semilla de una amargura que se le presentaba una y otra vez en un mínimo detalle. Por eso quería aventurarse de nuevo al vacío, con la esperanza de que se le concediera un lugar pacífico la próxima vez.

Pero aun en el caso de que se encontrase de nuevo en una existencia maravillosa, la inquietud no le abandonaba: ¿cuál era el objetivo último de esa búsqueda? ¿Y si fallaba un solo día? ¿Y si sufría un solo encuentro con la desolación...? Esto hacía que la mayor parte del tiempo se concentrara en las preocupaciones más inmediatas, esto es, en estar atento, con un cuchillo sobre las venas, al primer signo de infortunio.

Con todo, nunca había estado tan inseguro como en su nonagésimo suicidio. Jamás había experimentado como entonces el caprichoso deseo de seguir viviendo, a pesar de todo. Se arrancaba la vida contra su deseo. Se mataba cuando más quería vivir: para llegar al día siguiente, para vencer los años hasta el último día, para perseguirlo, darle caza y vivirlo con todo el derecho. ¿Cuántas oportunidades más

tendría para alegrarse tanto de sobrevivir semanas enteras? ¿Habría más cuerpos que le pidiesen renunciar a su enfermiza costumbre?

La muerte, tantas veces visitada, le tentaba ahora de otra manera, sin la voluptuosidad ni la lujuria de siempre. Esta vez venía seria, parca y lenta. Y tenía una infinita desgana en la comisura de los labios.

Al tiempo que las drogas arrasaban su estómago y su cerebro, el suicida nato miraba al techo blanco que pronto dejaría de protegerle. Estiraba las manos hacia arriba, a sabiendas de que moría, pero sin ganas ya de seguir practicando nunca su juego.

Corrientes

Tan sólo acertaba a verle la frente que montaba las cabezas fugitivas de la Rambla. Detrás de la florista, la construcción flamante que regentaba tenía la elegancia de una mansión empequeñecida o de un mausoleo de la nobleza, en función de los ramos que uno escogiera mirar. Armando se levantaba sobre las puntas de sus zapatos para vislumbrar los ojos de aquella mujer menuda y preciosa que extendía los ramos de orquídeas, amapolas y crisantemos dentro de los jarrones y las cestas de mimbre. Quería reencontrarse con la rotundidad de sus pechos, con el olor de los cabellos vivos de rosas y lirios que acababa de sentir al pasar casualmente delante de ella. Y por efecto de la ansiedad que le había obligado a darse la vuelta y a buscarla con todos sus sentidos, Armando se la había imaginado desnuda, ofreciéndole violetas e invitándole a besarla.

Armando, que se había visto empujado

por la multitud pasajera de la Rambla a la orilla opuesta de la florista, adivinaba su sonrisa joven a través de los pedacitos de espacio que el espeso muro de carne humana fabricaba y deshacía. Por fin, después de mantenerse de puntillas respirando devoción, se dejó caer sobre las plantas de sus pies. Toda aquella blandura de pieles lisas y blancas sin interés, desapasionadas y flácidas, se le antojaba la cauterización de una herida hecha de células muertas que pronto se desprenderían. Y al otro lado de la barrera continente la sangre viva, cálida, el rubor apasionado de la florista. Era necesario empujar, cortar loncha a loncha las masas inútiles de ropas y de huesos; era necesario atravesar la corriente y no dejarse arrastrar sin haberla mirado, al menos, una vez más a los ojos.

Tomó impulso y se metió entre las clavículas y las muñecas, entre narices y pantorrillas, a través de las barrigas y mejillas próximas y desagradables. En cuanto logró situarse en medio de la multitud se vio empujado metro a metro hacia abajo. A penas podía concentrarse en otra cosa que no fuera recuperar pedazos de espacio perdido y tenía que prestar mucha atención para no alejarse demasiado de su objetivo.

Si antes de penetrar en la corriente había sufrido con la perspectiva de unos momentos de angustia física e incluso de náusea por el contacto insistente con los cuerpos anónimos y de dudosa procedencia, ahora ya poco le importaban las faltas de respeto de los transeúntes, que parecían considerarlo un elemento extraño al conjunto y no escatimaban esfuerzos para echarlo de su lecho. Para colmo, Armando debía ser la única persona que no quería subir o bajar por la Rambla, sino atravesarla. Nadie con un mínimo sentimiento de dignidad estaba dispuesto a acceder fácilmente a esta voluntad transgresora. Casi en consenso los paseantes se turnaban —ora los que vienen, ora los que van— para empujar a Armando y hacerle rodar en círculos inútiles y desorientadores que por momentos conseguían extraviarle. El bramido, la fuerza de golpes decididos e intencionados, conseguía sacar a Armando de la corriente. Lo hicieron salir tres veces y tres veces más Armando penetró en el tumultuoso paseo para encontrarse con la florista que lo esperaba al otro lado.

Esta determinación alertó seguramente a los transeúntes, que se dieron cuenta de que perseguía alguna cosa. La Rambla no estaba dispuesta a consentir

la impertinente insistencia, a ratos violenta, de una sola persona a la que ya había tratado de disuadir amablemente. ¿Es que acaso aquel hombrecillo pretendía imponerse a la mayoría? Aunque no le viesen, los paseantes lo notaban moviéndose entre sus filas. No era suficiente con mostrarle cordialmente el camino de regreso a su orilla. Armando empujaba cada vez con más rudeza, tanta que la corriente no conseguía hacerlo retroceder sino, como mucho, obligarlo a caminar en diagonal. Después de muchos intentos, la Rambla solo había logrado retrasarlo unos metros de su objetivo final.

Al tiempo que Armando luchaba por cada metro con el gentío, lanzó una mirada a la casita de la florista. Ella estaba allí, repartiendo flores a placer a las personas que con suerte habían conseguido detenerse por unos segundos antes de verse arrastradas de nuevo. Armando hacía gestos enormes y esfuerzos para reconquistar terreno. La florista, que hasta entonces había permanecido distraída con las gardenias, miró hacia él y se quedó observándolo. Veía que se movía con dificultad de aquí para allá. Él, que se había dado cuenta de esto, ensayaba sonrisas y se secaba el sudor como podía.

La florista regresó a sus gardenias y luego continuó mirándolo con curiosidad. Armando se arrojaba hacia delante, venciendo centímetros con mucha dedicación. Se encontraba muy cerca de la orilla de la florista, pero una línea intransigente de viandantes le impedía acercarse. De pronto, la dirección de la corriente cambió y lo obligó a caminar hacia arriba con mucha rapidez, de manera que pasó de largo a la florista sin dejar de mirarla a los ojos. Ella le veía fluctuar una vez y otra, alargando siempre la mano, estirando los dedos con una intención desconocida, abriendo los ojos con la ansiedad de un enfermo. Al final se cansó y se dedicó a sonreír a los clientes que se detenían brevemente a las puertas de su pequeño palacio engalanado. Les enseñaba las flores y les hablaba de sus gardenias y de que era el tiempo de los lirios y que los gladiolos estaban a muy buen precio. Mientras ella se hallaba distraída Armando aprovechó un pequeño remolino de gente que se había formado, dio una vuelta y cayó justo delante de la florista interrumpiendo sus explicaciones. Casi sin tiempo para sobreponerse a la alegría que le produjo su éxito, Armando ensayó una sonrisa amplia y llena de satisfacción. La florista, sin embargo, le

miraba a los ojos, seria y severa: ¿Quiere algo?, le preguntó con dureza. A Armando le sorprendieron estas palabras. Tan solo quería verla, encontrarse con sus ojos negros, acercarse a su olor... pero no había pensado qué podía querer de ella ni de sus flores. No sabía qué decir. Ella le miraba duramente, como si la hubiese ofendido y todavía pretendiese alguna cosa que no fuera su desprecio. ¿Qué es lo que quiere?, preguntó de nuevo. Armando iba hundiéndose en una pesadumbre densa y gruesa, una angustia arenosa que se emplastaba y se endurecía entre el cuello y el esternón. Bajó los ojos y en seguida la florista dedicó los suyos a otro cliente que le había pedido un ramo de margaritas.

Una oleada repentina devolvió a Armando, inmóvil y abrumado, dentro de la muchedumbre. La corriente le hizo rodar, Rambla abajo, hacia donde comienza la mar.

De la construcción de las pirámides

El monarca de Egipto es la VIDA. Ungido por los dioses y venerado por su pueblo, el faraón ha congregado a sus súbditos ante el palacio para revelar una inspiración divina que ha alumbrado su espíritu durante la noche: “Una Gran Obra se elevará hacia Ra. Se erigirá una magnífica cámara de la muerte que se hincará en el cielo y el cielo será mi templo”.

El monarca transmite a sus ingenieros las indicaciones del magno proyecto. Ante sus extraordinarias dimensiones, los constructores levantan repetidamente las manos sobre sus cabezas. Sin embargo, el deseo del faraón es firme y ordena que se emprendan las obras cuanto antes, poniendo en marcha todos los recursos disponibles.

Incapaces de comprender el motivo de tamaño desigño, los esclavos comienzan a sembrar

los cimientos de la morada divina. Al pueblo le aflige no entender los extraños deseos de su joven rey, los ingenieros entrechocan sus frentes una y otra vez cuando examinan los planos de la pirámide que deben construir, por doquier se alzan voces que claman al cielo. Pero el faraón se muestra inflexible y Egipto se entrega a la obra. Durante años, el pueblo sufre penalidades sin nombre a causa de la inmensa tarea. El sufrimiento araña las frentes de los hombres y no les deja alzar la vista y ver con la misma clarividencia que tiene el Faraón el sentido de lo que edifican. Para combatir su ignorancia el pueblo responde con una mayor dedicación y capacidad de padecimiento. Pero a medida que los esfuerzos se multiplican, a medida que la arena golpea las espaldas de los obreros y les obliga a entornar los ojos, a medida que las piedras de lejano origen se elevan en la aridez del desierto, el pueblo va entendiendo la magnitud y la gloria de lo que construye. El tiempo y el desierto traen la conciencia al pueblo, que por fin, un día, se da cuenta de la trascendencia infinita de la Gran Obra y decide que se sacrificará por ella.

A partir de este momento los constructores

viven sólo para la Obra y se inmolarán en el empeño; los esclavos viven sólo para la Obra y a sus pies hallarán la muerte; superando las expectativas del faraón, todo el pueblo se entrega en cuerpo y alma para terminar la Construcción lo antes posible. Ahora que han comprendido toda su dimensión, no pueden permitir que tarde en consumarse.

Una vez terminada, la Obra se quedará consigo misma y con todo lo que le pertenece. De hecho, el pueblo no puede permitir que el Faraón la sobreviva demasiado tiempo. Sería ir contra la Obra. Sería negarla. Se le habrá de conducir, pues, lenta y ceremoniosamente, para que ocupe su lugar en la pirámide, para acelerar su reencuentro con las divinidades del Nilo. Por eso el pueblo, que antes perecía a ciegas para cumplir una orden que no entendía, ahora, del todo partícipe, ha tomado la iniciativa y se mata a conciencia para adelantar las obras.

El reino, mientras tanto, loa al faraón, que ve cómo las obras crecen en intensidad y ritmo, cómo el pueblo inmola no sólo a sus mejores esclavos, sino que también encomienda a sus primogénitos y a los varones más fuertes. Cuanto más elevados son

los cánticos, tanto más rápido se eleva la Obra, cuyo vértice se apresura a cerrarse. Pronto el calendario previsto inicialmente se ve desbordado ante el nuevo impulso de las obras, que aceleran por diez y por veinte el ritmo de trabajo. Alarmado por la repentina y exagerada dedicación de su pueblo, el piadoso rey intenta detener el frenetismo y el esfuerzo que éste dedica día y noche a la consagración de la Obra, que avanza inexorable hacia su fin. Trata en vano de detenerlos escanciando ofrendas, ofreciendo distracciones, ensayando duros castigos. Pero ya son familias enteras las que continúan extenuando sus almas a los pies de la pirámide mientras glorifican a Ra y al Faraón. Y por cada uno que perece, llegan muchos más egipcios dispuestos a dejarse la piel sin contemplaciones para terminar la gran Obra antes de la próxima luna llena, según es ahora el deseo de los fieles sacerdotes del rey, que acaso han tomado con demasiado celo sus deseos.

La víspera de la coronación de la pirámide pueden oírse las oraciones que emanan de los templos. Los sacerdotes preparan la inhumación de su joven rey, que lleva días encerrado en su palacio sin querer ver a nadie. Afuera, las fiestas se

multiplican en todo el reino. Todo Egipto celebra con prisa el inminente viaje del Faraón al reino de los muertos.

De reojo

Entre los miembros de la Asamblea había uno especialmente desagradable. Se sentaba junto a mi colega de la derecha. Yo ni le miré en toda la reunión porque ya me había fijado vagamente en él antes de entrar y me pareció un don nadie. Pero cada vez que yo intervenía podía sentir sus ojos sobre mí, observándome fijamente, no tanto como si estuviera interesado en todo lo que yo decía, sino más bien como si le hiciera gracia alguna cosa de mí. Pongamos que le hacía gracia verme hablar – no sé por qué, ya que soy un hombre serio y contenido -. Incluso cuando yo ya no hablaba aquel individuo insistía en mirar hacia mi perfil y me daba la impresión de que sonreía. Hice un gesto brusco hacia su lado y supongo que se dio por aludido porque ya no continuó haciéndolo. Ahora, en cambio, cada vez que yo tomaba de nuevo la palabra él fijaba la vista en mi compañero directo, de manera que

podía verme de reajo casi con la misma nitidez que antes. No entiendo por qué mi compañero toleraba aquella impertinencia. Es posible que se hubiera dado cuenta del juego y que no quisiera tomar partido. Por mi parte, decidí que no consentiría que aquel hombrecillo adquiriese la menor importancia para mí. Le negaría toda mi atención y, en adelante, evitaría por todos los medios aceptar su presencia.

Él se debió enterar de mi determinación porque, más tarde, en los pasillos del Congreso, pasó media docena de veces por delante, esforzándose por saberse visto por mis ojos. No sé bien qué buscaba aquel hombre, pero bajo ningún concepto estaba dispuesto a concedérselo. Yo no podía evitar que su imagen borrosa se deslizase por mi retina y formase parte de mi campo visual. Lo tenía presente en algún rincón de mi vista aunque hiciera lo imposible por impedirlo. Notaba que se movía a un lado y a otro de mi ángulo de visión, como si fuera consciente de que lo invadía. En aquellos momentos habría deseado disponer de esas piezas de cuero que llevan los caballos en los costados de los ojos, pero habría significado, además de una ostentación ridícula, un reconocimiento abierto del éxito de sus propósitos.

Durante unos días me mantuve al resguardo de su impertinente presencia porque no lo vi. Quizá se había ido de viaje, o bien se ocultaba tranquilamente detrás de mi espalda, mirándome con impunidad. En realidad yo no estaba dispuesto a darle la vuelta y concederle la victoria en su enfermiza ansia de pertenecer a mi consciente. Pero resultó que, en un momento de comprensible distracción – yo no podía pasarme las cinco horas que estaba en el Congreso concentrándome en no encontrarlo –, estuve a punto de topar directamente con sus ojos. Surgió de improviso por una puerta lateral y chocamos ruidosamente en uno con el otro. No es necesario que explique los esfuerzos que tuve que hacer para omitirle, para cortar de raíz toda posibilidad de diálogo o comunicación. Bajé la vista tan pronto como intuí que se trataba de aquel mismo individuo que combatía con tanta insensatez mi resistencia. Habría significado una pérdida considerable si llego a enfrentar mis ojos con los suyos. El tipo habría tenido una evidencia incontestable de que había logrado penetrar mi indiferencia. En cuanto chocamos y lo reconocí en la informalidad de su figura huí apresuradamente, aunque todavía podía sentirle

clavándome los ojos, vencidos, eso sí, en el cuello de mi chaqueta.

Aprendí a defenderme de su ambición insaciable de ganarse un lugar en mi atención. Pude disimular mi disgusto hasta el punto de que podía pasar por su costado sin sugerir ni remotamente que era consciente de su existencia, si bien de ninguna manera conseguía apartarlo del todo de los rincones más desenfocados de mi vista. Con todo, él esto no lo sabía y seguramente yo ya estaba minando del todo su deseo y su confianza en adquirir una posición preferente en mi percepción. A veces, cuando yo caminaba decidido hacia alguna sala de reuniones y me cruzaba con él, siempre inmóvil junto a los pasillos, lo sentía mirarme con cierta desesperanza, convencido de que no había manera de que yo reparase en él. Con esta sensación yo pasaba aun más triunfante delante de él, blandiendo mi suprema indiferencia sobre su sombra minúscula ya casi disuelta del todo. Puedo afirmar que cuando cruzaba la puerta del despacho ya no lo recordaba en absoluto.

Dos días después, sin embargo, me topé con una penosa contrariedad. Me dirigía a la cafetería

para encontrarme con un colega del trabajo. Desde la puerta le distinguí. Estaba sentado en una mesa, al fondo del recinto. Hablaba animadamente con alguien a quien yo no podía identificar con claridad. Cuando me aproximé, al tiempo que dejaba vagar la mirada distraídamente por otras mesas, dejé caer los ojos sobre los brazos distantes de mi colega, que se movían sin cesar empujados por la conversación. De pronto intuí la presencia de aquel don nadie justo delante de mi amigo. En efecto. A medida que me acercaba sin apartar los ojos de las manos de mi amigo, iba recomponiendo la figura nebulosa del otro individuo. Podía reconocerle las facciones frágiles, los cabellos aplastados, la nariz delgada que me había apuntado tantas veces con insolencia. No quise acudir a su encuentro. ¿Cómo habría podido enfrentarme a ello? Yo ya lo creía vencido. Imaginaba que había desistido de su voluntad de interesarme. Pero ahí estaba de nuevo, frente a mí, sirviéndose de toda su astucia para atravesar la línea discriminadora de mi vista y meterse de lleno en la nitidez de mi conciencia. Había encontrado una forma de coaccionarme. Si no podía conseguir que le mirase limitándose a pasar delante de mí, al menos me

condicionaría mezclándose con la gente con la que trataba y debía tratar, imponiéndome su presencia allí donde yo debía actuar. Y no podía ir y hacer como si nada porque existía el peligro de que se presentase o me lo presentasen y que, tácitamente, yo tuviera que reconocer que me había ganado la partida, porque tendría que mirarle a los ojos y los dos sabríamos que él había conseguido penetrarme, abatir mi esforzada indiferencia, y que todo aquello a lo que habíamos estado jugando hasta entonces adquiriría su sentido y el sentido sería mi derrota. Me alejé, abrumado, rumiando otro momento para compartirlo con mi amigo sin la presencia de aquel hombre.

Los días de trabajo se me hicieron mucho más difíciles desde entonces. No podía dar cuatro pasos y ya me encontraba a ese individuo coartando mi libertad a unos metros de mí. Siempre lo hallaba hablando con esta o con aquella persona, el trato con las cuales era fundamental en mi profesión. Y tenía que esperar, sin dejar de aparentar jamás que lo hacía libremente, que no variaba el orden de mis gestiones por su culpa, que no dejaba para el último momento asuntos de la máxima urgencia por su causa. A veces me veía obligado a pasar de largo a altos cargos

con los que debía tratar temas de importancia – importancia que aquel hombrecillo impertinente ni siquiera debía sospechar – tan sólo porque el tipo estaba bromeando con ellos.

Lo hacía con toda la alevosía del mundo. Se fijaba en la dirección de mis ojos para saber hacia dónde tenía que correr. Yo trataba de despistarlo, pero era inútil porque a él le daba igual ir hacia un lado o hacia otro insistentemente y sin otro propósito que avanzar a mis pasos. Con toda la información que mis intenciones le proporcionaron durante aquella semana hubo suficiente como para que llegara un momento en que ya no necesitara escrutar mi mirada para adivinar mis gestiones. Aprendió quién era la gente importante y con quién mantenía una simple amistad. A nadie le extrañaba aquel mamarracho que iba arriba y abajo, dando saltitos delante de mí como un perrito. Era un imbécil previsible y, si no le miraba, si le ignoraba a pesar de su descompuesta pero indeleble presencia en mi campo visual, conseguiría hacerlo retroceder. Un tipo así no tenía nada que hacer con la gente importante y ellos mismos se cansarían de él.

Pero con todo no podía barrer la sensación

de que él prosperaba entre MIS amistades. Durante los últimos días, cuando yo ya avanzaba por el pasillo fijando la vista en un punto infinito, se filtraba por el rabillo de mi ojo su figura desdibujada, que hablaba con algún compañero mío a quien yo ya no podía ni siquiera reconocer. Y me parecía, al pasar junto a ellos, que ambos detenían la conversación y se giraban para mirarme, sonriéndose de algo, como si supiesen que yo no podía hacer nada para evitar su invasión, su violación. E incluso hacían algún gesto como agitar la mano o levantar las cejas, para enviarme la señal inequívoca de que se sabían dentro de mí, que sabían que yo no los podía ignorar. Y les hacía gracia mi obstinación en aparentar que no me daba cuenta de nada cuando en realidad aquellas figuras borrosas de segundo plano eran mi único universo, un universo mínimo en torno al cual yo revoloteaba ansiosamente, incapaz de deshacerme de él.

Un día que yo no podría determinar con exactitud se produjo una ruptura sutil entre el individuo y yo. A medida que fue acostumbrándose al trato con mis colegas; a medida que este trato era más estable y no sólo una excusa, su espacio, y en consecuencia el espacio del que yo debía apartarme,

se hizo muy grande, inmenso. Poco a poco su omnipresencia se extendió hasta el punto de que yo me veía obligado a moverme en un margen cada vez más insignificante para no rozarla. Tuve que evitar sistemáticamente ciertos pasillos por los que él ya se movía con soltura. Y más tarde fueron combinaciones múltiples de trayectos que ya no podía seguir con seguridad sin temer su aparición. Si antes era suficiente con torcer ligeramente la mirada, ahora sólo era posible evitarlo corriendo lejos, muy lejos de sus dominios crecientes. Más allá del Congreso, más aún de las calles, de las ciudades, de cualquier lugar donde un día, a causa de una indeseable negligencia, pudiese verle de reojo mirándome, tragándose mi figura minúscula y relegándola al fondo inconmensurable de sus ojos.

Detalles

Esta mujer, pensó, es atractiva. Observándola, al principio, no lograba determinar cuál de sus rasgos le seducía, cuál de sus gestos eran el que lograba aferrar su interés. Quería darles un nombre, conjurar lo que fuera que ataba su atención a cada uno de sus sentidos. Quería reconocer aquel punto indefinido que jugaba con él y lo atrapaba en la imagen de aquella mujer. Siempre, desde que era un niño sin curiosidades ni fantasías, había necesitado desentrañar los misterios mínimos y más inadvertidos para desenmascarar su fuerza, para desnudar su poder. Quería bañarlos de comprensión para que le abandonase el estúpido palpito de su estómago, el vulgar e insufrible temblor de sus ojos. Quería extraer de los objetos su mecánica secreta, aunque poco le importaba su sentido. Exigía que se explicasen, que justificaran el reparo que tan generosamente depositaba él en ellos. Si algo tenía la osadía de tensar su inquietud, de

molestar la clarividencia con que todo transcurría, entonces dirigía al culpable toda la fuerza de su inspección para someterlo y arrancarle los motivos que no conseguía aprehender por las buenas. Y luego, por fin conocidas las claves y muerta la curiosidad, podía volver a su calma y olvidarse de la insultante presencia del objeto, que desaparecía por fin de su ánimo y de su universo imperturbado.

Ahora miraba a aquella mujer que se sentaba a tan sólo unos pasos de él en el tren. La interrogaba en silencio sobre su poder. Quería saber por qué el vacío de su alrededor tenía que interrumpirse precisamente en aquella silueta, por qué tiraban aquellos cabellos, aquellas manos cruzadas y aquellos ojos de los suyos, por qué se despertaban de repente en él las ganas arbitrarias de mirar en aquella dirección y no en otra. Se puso a escrutarla fríamente. Cedería la confusión a la inteligencia, localizaría por fin el detalle que lo dominaba y podría acabar con él sin mayores problemas y volver a su tranquilo viaje.

Se detuvo primero en sus manos. Ella las posaba sobre un bolso de piel negra. Trazó una mirada inquisitiva mientras se refugiaba mediante

complicadas estrategias para disimular su examen. Intentó primero observarla a través del reflejo de los cristales oscuros. Pero las formas se desvanecían en cada extremo y las líneas que la ventana seleccionaba eran las más inanes y sin vida. Tuvo que esforzarse para espiar su verdadero cuerpo sin que ella se diera cuenta. Observó sus manos sin descubrir nada que le atrajera y dejó continuar su mirada brazos arriba, primero. Al llegar al pecho condujo bruscamente los ojos a las caderas y a las piernas, donde creía haber percibido el origen de la atracción. Luego, decepcionado por los resultados, volvió a ascender hasta reencontrarse con su pecho. Algo le indicaba que se aproximaba al centro de todo aquel encanto. Sólo ahora se impuso una observación más minuciosa y detallada. Conoció su busto, centímetro por centímetro. Su cuello esbelto y su barbilla elegante, el número y los tonos de sus cabellos, las graciosas curvas del lóbulo, el recorrido de su nariz y el de sus mejillas. Examinaba, en una disección perfecta, cada rastro de su anatomía facial. Era necesario ir eliminando los rincones de su aspecto que no podían evocarle, aisladamente, ningún placer. Acotó lentamente los márgenes de su belleza. Fue dibujando

la línea breve que estaba seduciéndole hasta que recortó sus párpados del resto del cuerpo. Habían estado confundiéndose arriba, con las cejas –unas cejas que ahora, desprovistas de aquel soporte, eran particularmente antipáticas-, y por debajo con sus ojos –solitarios, vulgares sin el manto sublime de los párpados-. Tenían, sólo ellos, el corte espléndido de la gracia y la belleza. Eran los párpados más hermosos que jamás rostro alguno hubiera merecido. Solo una cara, una imagen sublime, los había vestido ya, hacía mucho tiempo. En cada milímetro de los párpados que miraba reconoció la vida de aquellos otros que recordaba. Era aquella fina línea todo el centro de su poder. Todo lo demás en la mujer convergía y resurgía en ese punto. La mujer, falaz, pretendía engañarle haciéndole creer que su belleza era absoluta cuando en realidad se trataba sólo de los párpados que ostentaba ilegítimamente. Él los había visto en otra mujer cuyo esplendor sí había sido total. Pero esa infeliz que tenía delante creía poder conmovérselo por entero mediante uno solo de sus atributos. Evocaba pausadamente la mujer en quien los había visto cerrarse. Fue la primera que lo arrancó de su plácida inmovilidad. También entonces tuvo que escrutarla

para desentrañar su misteriosa llamada. Descubrió en ella no sólo sus párpados, sino también unas manos dulces y el anuncio de unos senos sublimes. Cada parte de una mujer que había visto le remitía a otras mujeres. Y en éstas había hallado detalles de otras muchas. Supuso que todas las mujeres le habían robado algo a una mujer primitiva, antigua y mítica, de cuya belleza innombrable provenía el aliento de todas las demás. Sabía que cualquier cosa que le atrajese de una mujer provenía de la primera y única. Y por eso, además de por otras razones, se entregaba a esos exámenes, para que no le cupiese la duda de que podría haber otra belleza que él no fuese capaz de gobernar con su recuerdo.

Volvió a mirarla de pies a cabeza, tratando de apreciar el conjunto. Pero ya fue imposible que aquella figura le sedujera. Toda su belleza se había visto descubierta en unos párpados. Había localizado y aislado su único atractivo y ahora la mujer ya no podía conmoverle. Podía regresar a su calma tranquila y muerta, rodeada de objetos conocidos y domesticados, incapaces de provocarle la menor inquietud.

Distracciones

Cuando golpeo a mi hermano lo hago con rabia. No escatimo las demostraciones de furia ni los deseos de herirle. Quiero que experimente en su carne todo el odio que intento comunicarle y que de ninguna manera permanezca indiferente a mis ataques. Por eso busco siempre ser lo más duro posible con él. Si me pongo encima trato de hincarle el puño en los costados o en el plexo, porque quiero hacerle daño de verdad -no un daño irreparable, se entiende-. Intento descubrir sus flancos, tarea difícil. Con su cara no cometo excesos: le propino cachetes y capones o le caliento las orejas o le pellizco. Normalmente, por defectos de nuestra postura habitual, me concentro en la parte de su cuerpo que va de la cintura a la cabeza, excluyendo del todo la espalda. De vez en cuando le apuñalo los muslos, pero nunca más abajo ni más adentro. Por lo demás, trato de conseguir que se resienta un

poco: que note que le he estado pegando. Él suele defenderse recogiendo las piernas y alzando el brazo hacia mí. Tiende a encogerse instintivamente y mis puñetazos no tienen a veces ningún efecto o acaso sólo un efecto anecdótico. De hecho, muchas veces me invade cierta lasitud y tengo la viva impresión, mientras disputamos, de que los nudillos que clavo en su carne sólo sirven para tenerme derecho. Por otra parte, él nunca me devuelve los golpes. Es más, yo creo que se deja pegar.

No lo hace siguiendo un instinto masoquista, sino como algo que entiende que debe cumplir de alguna manera. Él cree que debe dejarse pegar de vez en cuando y participa ofrendándose cuando se tercia -jamás diría que lo hace a conciencia, pero sí noto una predisposición. Siempre solemos forcejear al principio, a lo que sigue una toma de posiciones: yo encima, él debajo. Entonces se somete al juego, no exento de odio, que él entiende tan bien como yo aunque nunca hayamos explicitado las reglas. Tengo por costumbre enfadarme mucho mientras peleamos. Mi rabia va creciendo a medida que se desarrolla la lucha -mi lucha-. Al mismo tiempo, su relajación aumenta casi hasta la euforia y cuando

la supera el juego está por terminar. Entonces me levanto compungido y me marchó.

Pienso que en el fondo es él el que dicta la intensidad y la duración de cada enfrentamiento. Sabe decidir cuándo se termina. Sólo muchas sesiones después he empezado a alarmarme al respecto. Mientras me agito sobre su enorme barriga le ofrezco numerosos puntos débiles, lo cual me hace pensar que si él quisiera podría derribarme con sólo abofetearme. Además, un día puede decidir que no hay juego y levantarse y marcharse -y es algo que yo no puedo impedir dada su corpulencia-, y toda la certeza de la que yo haya hecho acopio hasta entonces viene a significar nada o, si acaso, un pedazo de humillación que debo tragar.

Pero él no quiere eso. Eliminaría de golpe todas mis ganas de arrojarme sobre él y mi estúpida confianza en inflingirle daño. Si mantiene mi esperanza y mi rabia tiene garantizada la continuidad del juego. Le basta con un instrumento: la sonrisa. Con esa sonrisa supera todo el dolor que yo pueda producirle -que es en verdad escaso- y consigue que mis acciones punitivas acaben por dirigirse contra mí

mismo. Él me mira directamente a los ojos, sereno. Observa cómo mi rabia va acentuándose, cómo mi tranquilidad va quebrándose y cómo mis ojos se vuelven más vulnerables a medida que los invaden las lágrimas. Al cabo de un rato, ya tiene ante sí toda mi debilidad debatiéndose de la forma más patética. Es esto lo que le complace: mi impotencia. Entonces se sonríe y desde detrás de mis golpes me mira como si estuviese viendo claramente algo de mí. No: como si CONOCIESE algo de mí. Él sabe, mientras que yo no consigo entender nada respecto a él. Esa evidencia que él percibe tan felizmente le mueve a la risa, más sonora cuanto mayor es el mal que quiero que sufra.

Digo todo esto porque últimamente siento con más claridad que nunca que ni siquiera soy yo quien suscita las peleas. Veo a mi hermano caminar tranquilamente arriba y abajo de la casa, pensando. Entonces repara en mí en un lugar del salón donde antes ni siquiera me había sentido. Me provoca con un gesto y yo acudo repitiéndome una y otra vez que voy a darle su merecido.

Dos hijos

A Judith

Soy vieja y me falla la vista. Por mi edad y por mis frecuentes males debo guardar un gran reposo en este sillón. Paso aquí casi todas las horas posibles. A muchas de esas horas las veo dilatarse de tarde en tarde. Tanto, que a veces temo que les esté doliendo lentamente. Mi soledad podría ser insoportable pero, por suerte, tengo dos hijos maravillosos que pasan mucho rato sentados junto a mis rodillas. Uno está a mi derecha y otro a mi izquierda. A través de ellos conozco el mundo.

Se acurrucan los dos a sendos lados de mi camión y abren mucho los ojos para que nada que pueda interesarme se escape a su atención. El de mi izquierda es atento y nunca se distrae de mí. Me aprieta la mano entre las suyas y susurra en mi palma todo cuanto ve. Puedo sentir todo lo que él mira, porque es sangre de mi sangre y nuestra

comunicación es perfecta. Con sus ojos yo entiendo que la luz cambia en el inmenso salón, que la noche es cerrada o sólo entornada, que el polvo se destaca más en uno o en otro rincón, que en el alféizar de la ventana cerrada parece que se posó una paloma de color. Cuando quiero saber qué sucede junto a las puertas de caoba –es decir, cercionarme de que nada sucede- o cuando quiero admirar el retrato de mi difunto marido que hay sobre la chimenea, emprendo un levísimo ademán sobre los cabellos de mi hijito y él se pone de inmediato a observar estos detalles. Lo siento respirar junto a mi rodilla y, a veces, cuando su aliento es más entrecortado, adivino que necesita un descanso y le invito con suavidad a soltarme de la mano y a retirarse. Pero casi nunca quiere dejarme y se aferra con más fuerza hasta que cae, rendido, y se duerme.

El hijo que tengo a mi derecha, en cambio, me trata con muy poca consideración. No quiere acariciar los dedos que apoyo sobre su cabeza. Se muestra con frecuencia reacio al tacto de mi mano arrugada y es muy difícil que la tome y me comunique lo que él ve por su parte. Siento así un gran vacío a mi diestra. Además no se deja conducir

por mis deseos íntimos –yo sólo puedo aspirar a ser intuida, porque mi voz es inaudible. A veces quisiera ver por su bando la luz en la ventana pero él, que siente mi deseo, gira obstinadamente la cabeza y pierde su atención en algún punto indefinido y borroso de la habitación. Mi corazón viejo y agotado no puede entender, con todo su amor, por qué mi hijo derecho no me deja percibir nada a través de sus sentidos. Me da por pensar que es un egoísta. No quiere transmitirme sus observaciones porque las quiere sólo para él. Pero a veces, después de un vacío muy prolongado, he llegado a alarmarme por la salud de sus ojos. Acaso es un enfermo y en él se consumen, como un relámpago, las impresiones. Pobre. En el fondo es posible que sólo desee sentir como yo, aunque jamás lo consigue y se limita a mirar y a mirar, a dilatar y a contraer sus pupilas sin memoria para entender. Y en él mueren todas las luces y las sombras. Sólo a veces, muy levemente y como por accidente, me acaricia el dorso de la mano y vuelvo a obtener alguna sensación que aleja de mí todas estas sospechas.

Con frecuencia me desorientan entre los dos con sus disputas silenciosas. Temo que haya

habido algún problema de celos sin que yo me haya dado cuenta y que el resultado sea la testarudez de mi hijo derecho y el excesivo celo del izquierdo. Del uno temo que me deje algún día del todo, sola y desamparada. Del otro, que me obligue a ver incluso lo que preferiría no sentir: cuanto mayor es mi deseo de que se desprenda de mí ante una sensación desagradable, tanto más se aferra a mi mano, como si quisiera liberarse rápidamente de lo que está viendo y dejármelo todo a mí. Yo soy buena, pero debo imponer cierto orden en sus conductas o acabarán por afectar a mi salud y descanso. Cuando percibo que se miran, que se desafían o que se están odiando, les tiro fuertemente de los cabellos y les obligo a mirar de nuevo hacia delante. Entonces siempre suceden unos minutos de cierta dejadez, en los que no logro saber nada de mi alrededor y todo permanece borroso y húmedo.

Hace mucho que he perdido la sensibilidad en la mayor parte de mi cuerpo. Mis manos ancianas es la única parte de mi cuerpo por la que siento circular la sangre. A lo peor a mis hijos, por ser sangre de mi sangre, les ocurre lo mismo y son tan invidentes como yo. No sé de qué extraños asuntos se

ocupan ahí debajo, entrelazados a mis rodillas. A lo mejor ellos mismos se toman de las manos y los tres imaginamos en círculo un mundo que no existe.

Ejes

La responsable de mi departamento está como un tren. Tiene una forma muy particular de observar a sus empleados -entre los que yo me cuento- mientras trabajan. No se insinúa, es demasiado independiente para eso. Se limita a mirarnos con un deje de condescendencia, casi acariciándonos como niños con sus ojos. Creo que le gusta la armonía que suscita nuestra rectitud en el trabajo y nuestro silencio. Si no fuera así, probablemente se enfadaría y frunciría el ceño, con lo que no volveríamos a sentir el placer de ser objetos de su mirada durante mucho tiempo. En este sentido, hay un común entendimiento entre todos los empleados: para procurarnos su permanente atención evitamos cualquier conflicto que pueda disgustarla.

Pero no es fácil. Aunque todos colaboramos con nuestra aplicación en la tarea de complacerla, no podemos evitar, en lo más íntimo, la rivalidad.

Somos quince trabajadores diferentes. Quince personas. Quince HOMBRES. Y todos deseáramos para nosotros la exclusividad de su vigilancia. En el fondo nos cuesta mucho acostumbrarnos los unos a los otros y siempre discurre entre las mesas de trabajo un caudal de sutilezas que nos enfrenta, aunque hacemos esfuerzos para que nuestras disputas silenciosas no trasciendan hasta la patrona.

En apariencia los empleados de las primeras filas tienen más ventaja y es contra ellos que se organizan a menudo estrategias de minimización. Decidimos en consenso que las primeras filas son las menos importantes. Aceptamos como obvio que ella les presta menos atención, porque al estar tan cerca no tiene tanta necesidad de ejercer su control. Por extensión, sus tareas son las menos dificultosas, ya que no requieren un grado tan alto de responsabilidad ni el mismo nivel de preocupación por parte de la patrona. Aunque esto no sea cierto -poco sabemos del trabajo de los demás- nos consuela pensar que es así, especialmente a mí, que me siento al fondo de la oficina. Quiero creer que ella me mira con más frecuencia, porque soy más susceptible de requerir su supervisión, estando como estoy tan lejos del

centro de actividad. Aun así, mi imaginación no es suficiente. Hay un obstáculo que me impide creer con calma en mi privilegio: mi compañero.

Junto a mí sólo hay otro oficinista. Es un hombre de edad indefinible y de aspecto más bien desagradable. Es pulcro, pero hay en él algo difícil de localizar que le impregna de fealdad. No sabría decir quién es más antiguo en la oficina, pero ambos asistimos a la llegada de la responsable del departamento, ambos dejamos entonces nuestro trabajo para escuchar con atención a la nueva jefa cuando nos recitó las nuevas directrices y creo que luego ambos nos miramos y nos sonreímos contentos -aunque esto puede ser sólo una percepción. Así que, para ella, los dos somos igualmente veteranos. Cuando mira hacia aquí, necesariamente nos mira a los dos. Por eso, porque no tengo la exclusividad de mi zona, me hallo a veces en el trance de la insatisfacción. De alguna manera estoy ligado a mi compañero y la idea que la jefa se haga de mí y de mi trabajo estará condicionada por él.

A veces me disgusta ver la indolencia y el abatimiento con que ejecuta su trabajo, porque redundan en mí y en la impresión del conjunto. Sin

quererlo, los dos formamos un equipo y podríamos quedar fuera de juego respecto a todos los demás. Sé de sobra que no puedo dedicarme a animarlo. Como mucho, he invertido parte de mi tiempo en reflexionar sobre él para intentar comprender su hastío. Pero esto, que de ninguna manera podría llevarme a abordarle -sería una obstrucción a nuestras mutuas obligaciones-, no ha hecho más que distraerme de mi propia tarea. Incluso es posible que me excediese: ahora lo tengo siempre presente, como una referencia ineluctable, y no puedo desprenderme de la sensación de su presencia mientras trabajo. Esta sensación es especialmente molesta cuando la jefa alza la vista -siempre estamos preparados para verla levantar la cabeza hacia nosotros-, porque soy consciente de que él está junto a mí. En estas ocasiones, hago esfuerzos por afirmar mi absoluta independencia. Digamos que intento trazar una línea divisoria entre los dos con el ánimo de evitar que asocie el aspecto cansino de mi compañero con mi absoluta dedicación.

Últimamente, sin embargo, mis esfuerzos en este terreno han aumentado en proporción a su inutilidad. Cuando ambos alzamos la vista -sin

dejar de escribir- casi lo hacemos con el mismo gesto. Siempre es demasiado tarde para corregirme y emprender otra suerte de ademán. Coincidimos en una pose idéntica, casi simétrica, que nos iguala a los ojos de la patrona y nos hace indisociables. A partir de aquí empiezo a hacer intentos por distinguirme de él. Altero deliberadamente mis posiciones más cómodas para que no coincidan con las suyas. Ensayo todas las asimetrías posibles y trato de llevar mis brazos y el conjunto de mi cuerpo en direcciones opuestas a las suyas. Estas prácticas, cada vez más frecuentes -pues cada vez es más bochornosa nuestra coincidencia-, me acorralan a veces en posturas incomprensibles e injustificables, por supuesto contrarias a la comodidad y a la funcionalidad. Mi trabajo se resiente, sin duda, y he notado que la jefa ha fruncido el ceño en varias ocasiones después de verme sentado de una forma extraña. Yo quisiera recuperar la naturalidad, porque de esta manera no me siento libre, pero cuando consigo distraerme de esta preocupación no tarda en surgir el miedo: miedo a mirar hacia mi vera y encontrarme en la línea de sus ojos, con mis brazos imitando a la perfección su postura, su misma indolencia, su mismo desagrado.

Sufro notablemente con todo esto, pero tengo la sensación de que mi compañero no es consciente de mis esfuerzos -esfuerzos que tengo que añadir a los propios de mi trabajo y por los que no obtengo remuneración alguna y me producen, en cambio, intensas jaquecas. No dudo que mi compañero no lo hace a propósito. La nuestra es una coincidencia siempre fortuita. Soy yo que, acaso influido por la monotonía de mi trabajo, me dejo llevar una y otra vez a posiciones semejantes a las suyas. Con la excesiva redundancia de estas situaciones, me pregunto si no estaré convirtiéndome en un tipo desagradable y lento como él. Me preocupa mucho esta decadencia, porque casi parece que él progresa en su imagen y su postura a medida que yo pierdo facultades.

Ya pronto cualquier pose me parecerá inadecuada y a ratos tengo la grave impresión de que sus gestos, los gestos de los que obsesivamente quiero alejarme, son mucho más elegantes que los míos, por lo que debería empezar a pensar en imitarlos más que en evitarlos. Por ahora no puedo dedicarme a discernir qué me favorece y qué no ante la jefa. Acaba de avisarme con el ceño por última vez y adivino en ella una tendencia a mirar sólo hacia mi izquierda.

He conseguido saber que mi compañero quiere trasladarse. Sin motivo aparente, ha solicitado que lo cambien de sitio y que le cedan una de las mesas laterales. De esta manera me quedaré solo en la última fila. Ya no tendré una competencia directa dentro de mi zona y podré ser yo mismo sin la influencia perniciosa de mi compañero. Sin embargo, hay algo lamentable en todo esto: pierdo la única referencia que tenía. Ahora es posible que mi anunciado decaimiento se acentúe y que no halle la forma de compensarlo. Puede que llegue un momento en el que la patrona deje de mirar hacia aquí, en el que su inspección termine justo antes de esta columna. Me confinaré a trabajos cada vez menos gratos y valiosos hasta que yo y mi mesa ya no formemos parte de esta oficina ni de sus ojos.

El Ascensor

Conrad cerró las puertas del ascensor tras de sí y consultó la hora de su reloj. Hoy se había hecho demasiado tarde. Otra vez iba a tener que entrar en casa con una bolsa de palabras por delante y disculparse con un fervor casi religioso ante Silvia, su mujer. Molesto ante esta perspectiva, Conrad pulsó con impaciencia el botón del sexto piso y el ascensor inició su camino con una blanda sacudida. Conrad odiaba la desidia con que aquel ascensor emprendía sus recorridos y no podía soportar el pequeño saltito que la máquina ejecutaba siempre que se ponía en marcha o se paraba. Era el suspiro de un individuo agotado, condenado a realizar una tarea repetitiva e interminable. Era el mismo suspiro que oía brotar de continuo de las fosas nasales de su mujer todas las tardes, al regresar del trabajo. Era su forma de regañarle o de decirle que se aburría o acaso era solamente su forma natural de respirar. Y, en

cualquier caso, era la expresión indiferente de quien ya no necesitaba dudar de sus excusas al teléfono, de quien había abandonado definitivamente la estrategia del enfado por sus retrasos, de quien se había entregado ya al escepticismo sistemático y al reproche velado. Conrad no podía sufrir ese gesto. Cuando llegase a casa su mujer no le abrazaría ni le besaría. Sólo emitiría un débil suspiro, como los del ascensor.

El ascensor subía lentamente, con una parsimonia ostentosa. Todavía no había alcanzado la primera planta y de nuevo le parecía a Conrad que aquella máquina estaba haciendo un esfuerzo extraordinario y que necesitaba detenerse a cada momento para retomar un aire esquivo y jadeante. Volvió a mirar su reloj. Esta vez Silvia no se limitaría a esperarle en el umbral. Seguramente se abalanzaría hacia él antes de que saliera del ascensor y empezaría a llorar como una degenerada. Conrad se sonrió con aquella ocurrencia. Silvia era tan estúpida. Nunca había sido suficiente mujer para él. Le sedujo su hipersensibilidad, al principio, cuando en el áspero transcurrir de sus días Silvia se convirtió en su único sosiego, cuando sus ojos saltaban como locos de un

lado a otro desesperando por hallar un asidero, por prenderse dócilmente de un resquicio cualquiera. Todo menos caer en el vacío, en su angustiosa densidad. Y Silvia siempre estuvo allí, dispuesta a ser sostén y caricia. Y lo había hecho muy bien durante los primeros años, la verdad. Ella le había dado un rincón confortable entre sus escasos senos que le protegía del terrible mundo exterior; un rincón ancho y maternal, pero demasiado ancho ya en los últimos años, pues sentía que se había dilatado como un poro del cual sólo emanasen ya rancios humores. No podía negarle a Silvia el agradecimiento, la sonrisa plácida, pues ella había sabido acoger sus temores sin preguntas. ¿Pero es que tenía alguna obligación para con ella? ¿Acaso no le había dado él también un hombro sobre el que apoyar su vida pusilánime y cansada? La verdad es que Silvia no ofrecía ya nada. La ternura no era nada.

El ascensor subía con sumo cuidado, dudando de cada centímetro, y Conrad se dio cuenta de que todavía estaba pasando la segunda planta. ¿Qué demonios pasaba con aquel ascensor? El de Maite era mucho más rápido. Conrad lo adoraba. Podía conducirle velozmente a la puerta de Maite,

entregarle a sus brazos, a sus labios y a su cuerpo moreno. Maite conseguía que todo transcurriese con una intención de vida, de cielo abierto, de aire fresco y corriente. Sobre su cuerpo él era la incoherencia, la histeria libre de la risa. Pero sus pensamientos no podían fluir libres ahora. Aquel ascensor tenía algo de sucio testigo, de burdo mirón. El ascensor lo juzgaba y Conrad no podía soportarlo, porque no tenía medio alguno, excepto los botones de la caja de mandos, para protestar por la incomprensible parsimonia de la máquina. Había llegado demasiado tarde a casa y el ascensor se regodeaba de ello y lo retrasaba aún más para que Silvia no tuviese ya duda alguna sobre la trivialidad de sus excusas. Y sin embargo, ¿iba a aceptar reproche alguno? Por lo pronto hoy era Silvia la que le necesitaba a él. Su soledad natural se convertiría en una losa sin la compañía que él le proporcionaba. Además estaba harto de sus medias voces, de los gestos ambiguos de sus cejas, del silencio hierático y persistente de sus ojos. Había encontrado en su rostro un consuelo al principio, pero ahora cualquiera de sus rasgos le remitía a la inoportuna sensación del disgusto. En cambio Maite... Maite no le recordaba a nada ni

le obligaba a ninguna evocación; y todo en ella era tan nuevo, tan ajeno a la calle y al calor hiriente del sol...

El ascensor todavía se desplazaba gravemente hacia la tercera planta. ¿Es que no iba a terminar nunca su maldita ascensión? Por lo visto cada edificio merecía un ascensor particular. Maite tenía el suyo y este, en cambio, pertenecía a un espíritu como el de Silvia. Miró de soslayo al espejo. Ahí estaba él, Conrad, casado con una estúpida mujer, malgastando su tiempo en aquel ascensor agotador.

Cansado de la insoportable letanía, estrechó la mirada contra las puertas. Podía ver las losetas amarillas a través de los cristales. Fijando los ojos en la pared móvil, se dio cuenta de que el ascensor no era tan lento. Las puertas de la cuarta y quinta plantas pasaron en unos segundos. Estaba llegando al sexto piso, el suyo. La puerta de su planta asomó por la ranura del hueco, descendió sin pausa y entonces pudo ver el número seis, blanco y resplandeciente. Pero cuando estaba a punto de abrir la puerta, el número se deslizó hacia abajo y el ascensor no se detuvo.

Conrad permaneció inmóvil en medio de la plataforma. Todavía no había comprendido lo ocurrido. Estaba completamente seguro de haber pulsado el sexto botón. Era el primero de la fila derecha de la caja de mandos. No había error posible. Y mientras se entretenía pensando en aquel extraño percance, dudando de su propia memoria, el ascensor se detuvo de repente en la octava planta. Se dedicó un momento a recuperar su tranquilidad. Pensó que debía haber confundido el botón, acaso debido a la inquietud que arrastraba aquella noche. Entonces volvió a pulsar el número seis, esta vez cerciorándose con cautela.

El ascensor volvió a suspirar y descendió con lentitud. Ahora desandaba el camino de losetas amarillas con la misma dilación de antes. Como en una premonición, el ascensor se fue ensombreciendo poco a poco. Mientras tanto, Conrad observó a su alrededor. No había reparado en lo desvencijado de aquel lugar hasta ese mismo día: las paredes estaban despintadas y el techo exhibía unas incalificables manchas en las esquinas. El suelo estaba cubierto por una alfombra de goma cuyo color no sobrevivía bajo los restos de la suciedad. Conrad se revolvió

inquieto, porque jamás había prestado atención a esos detalles tan desagradables. Además estaba el espejo. Cuando se volvió para mirarlo, cara a cara, no se reconoció a sí mismo en el primer vistazo. La luz – cuyo origen le era imposible determinar por el momento- hacía extraños vaivenes sobre su cabeza y fabricaba sombras menudas, variables, que se esparcían por todo el ascensor y que mudaban arbitrariamente la expresión de su rostro haciéndolo distinto e irreconocible a cada instante. Una de esas sombras le cubría permanentemente los ojos y no era capaz de adivinárselos en el espejo por mucho que echase la cabeza hacia atrás. En él, su cara era un contorno de cuencas profundas, un contorno pálido y molesto. Detestaba no estar totalmente reflejado en el espejo. Volvió a ver el número blanco de su piso. Surgió del hueco del ascensor y se desplazó rápidamente hacia el centro de la puerta. Conrad se preparó para abrirla, pero el ascensor tampoco se detuvo esta vez. Bajó tres pisos más y suspiró en el segundo. Conrad no podía creerlo. ¿Era tan viejo aquel cacharro que ya funcionaba sin lógica alguna? Esta vez se había asegurado de que apretaba el botón correcto, pero aquella maldita máquina no había ido

donde él le había ordenado. Irritado, pulsó una vez más el número seis y el ascensor emprendió de nuevo su procesión, como un Sísifo condenado a empujar la misma carga una vez y otra y por siempre jamás. Conrad sudaba ligeramente. Un agudo escozor le arañaba el cuello y las nalgas ¿A qué hora iba a llegar a casa? ¿Por qué no venía su mujer a sacarle de aquella situación? ¿Y qué demonios estaría haciendo ahora? Así volvieron a sucederse los mismos pisos y el tiempo volvió a dilatarse sin control.

Tal y como Conrad temía, cuando el ascensor llegó a la sexta planta la pasó de largo sin detenerse y continuó su recorrido. Acaso esta vez sería la definitiva y la máquina iría al encuentro de sus poleas, contra las cuales se estrellaría; y luego se dejaría caer rápido, cada vez más rápido, hacia el fondo del hueco, y allí quedaría destrozado, con su esperpéntico espejo y sus luces extravagantes todavía destellando en la penumbra incurable. Sin embargo, esta vez paro en el ático. La luz de la claraboya del último piso penetraba débilmente en el ascensor. Con ánimo, Conrad intentó otros números, creyendo que quizá una correcta combinación le dejaría por fin en su piso. Acaso todo se reducía a aprender el

lenguaje del ascensor y a no perder la concentración. Podría empezar estudiando la mentalidad de cada número en la caja de mandos, sus repeticiones y sus preferencias. Y entonces iniciaría una variedad de secuencias de manera que al final sería capaz de adelantarse a las reacciones del ascensor, de adivinar en qué piso se detendría o de intuir al menos a cuántos pisos del sexto se quedaría parado. Pero podía suceder algo mucho peor y podría ser que el ascensor en realidad careciera de toda lógica o que su única misión consistiera en perjudicarle frente a su mujer o en volverle loco. En cualquier caso, Conrad no estaba dispuesto a cejar y continuaría intentando combinaciones hasta que alcanzase su piso.

.....

El ascensor sube y baja pasando siempre de largo el sexto piso. Cada vez que se mueve o se detiene, Conrad cree oír los suspiros de su mujer, quien quizá le esté esperando aún en casa. ¿Estará ahí todavía? ¿Se habrá marchado de la casa? ¿Habrá salido y descendido sigilosamente por las escaleras mientras él está ocupado en sus cálculos con el ascensor? Es posible que haya abandonado el edificio, que todo el mundo haya abandonado el

edificio y que sin enfado, indiferente, Silvia haya iniciado una nueva vida, acaso junto a Maite. Pero Conrad sólo tiene que llegar a su casa y allí, con el teléfono, recomponer su vida en unos minutos.

Llega un momento en el que Conrad ya no necesita seguir utilizando la caja de mandos. El ascensor se mueve solo, siguiendo sus propios criterios. Ora hacia las poleas en el techo del hueco, ora hacia el motor en el sótano. La desconfianza y la cantidad imposible de elucubraciones que hay que emprender llevan a Conrad a conceder toda la iniciativa al ascensor. Al fin y al cabo siempre habrá una constante inamovible: el ascensor siempre se desplaza por encima o por debajo del sexto piso. Por un instante Conrad imagina incómodo, pero ya sin terror, que el ascensor decide desistir durante uno de sus viajes y quedarse en la profundidad del sótano, donde la oscuridad acabaría por devorar los tanteos de sus luces mortecinas. Entonces ya no existirían salidas y su esperanza también se desvanecería a través de las cuencas oscuras de sus ojos. Ya no habría Maite ni abrazos de Maite. Ni tampoco estaría su mujer, su redentora, para mesarle los cabellos. Al menos no estaría dispuesto a subir incontroladamente hacia el

cielo y no dependería de la fragilidad de los cables, que podrían estallar de pronto y arrojarle a él y a la máquina hacia el desastre. Pero de alguna manera sabe que el ascensor nunca dejará de suspirar. No permanecerá mucho tiempo en la oscuridad, pero tampoco bajo las luces de la claraboya. Conrad adivina que no hay posibilidad alguna de detenerse en la sexta planta. Incluso empieza a dudar de que exista una sexta planta para él. Sabe que podrá bajar en cualquier otro piso excepto en el suyo y tomar las escaleras. Pero imagina que, dadas las condiciones del edificio, los peldaños podrían agotarlo de tal modo que no tendría mas remedio que quedarse inmóvil entre dos pisos anhelando inútilmente su planta sin poder regresar al comfortable ascensor. Por otro lado, no puede quejarse. Al fin y al cabo hay edificios que ni siquiera tienen ascensor y sus inquilinos tienen que subir andando a plantas mucho más elevadas. Eso es admirable, piensa, pero él no es tan audaz, no. Conrad puede esperar. Hará lo que sea necesario para bajar en su piso antes de llegar a esos extremos. Su deseo es tan sencillo, ¿Por qué habría de renunciar? Con el tiempo conocerá a fondo este ascensor. Quizá logre entender y aliviar su agotamiento. Tiene claro

que ambos comparten una tarea, aunque esta tarea le condene a la eterna insatisfacción, al dolor de permanecer siempre por encima o por debajo de su inquebrantable deseo.

Equilibrio

La madre de Jose es una buena mujer de insoportables caprichos. Cuando a su arbitrario juicio le parece bien, entra como un robot en la habitación de su hijo, coge un objeto, lo lleva al trastero y lo deposita en algún lugar a la vista. Jose se ve obligado a ir en su busca y devolverlo a su sitio original. Pero su madre no tarda en hacerse con otro objeto cualquiera y llevarlo al cuarto de los trastos. Jose me cuenta que no puede evitarlo, que no puede estar siempre pendiente de su madre ni de sus manías. Ella está empeñada en trasladar cosas de su habitación al trastero y él se resigna a recuperarlas. Me ha explicado que normalmente no le quita nada cuando él está en la habitación. Casi siempre ocurre cuando se encuentra en la otra parte de la casa, pero no hay día que Jose no vea la silueta de su madre deslizarse con sigilo dentro de su cuarto, al fondo del pasillo. En cierto modo, hace tanto tiempo que

su madre obedece a esos impulsos que ya es natural para Jose pasar cada día por el trastero y recoger el cachivache de turno antes de ir a su habitación. Sin embargo, de un tiempo a esta parte la madre de Jose ha adquirido un comportamiento cada vez más extravagante. Ahora disimula sus intenciones - cuando ambos conocen bien su costumbre- e ingenia excusas tan inverosímiles como innecesarias. Jose ya no se preocupa tanto de que su madre haga todo esto sin motivo -ni siquiera cree que lo haga para fastidiarle- como del celo con que se lo toma: ha llegado a esconderse en el lavabo, a oscuras y con la puerta entornada, esperando verlo marchar para entrar así impunemente en su habitación.

De esta manera, Jose ha visto desaparecer casi todos los objetos transportables de su habitación. Su madre no sigue, según mi amigo, ningún criterio. No toma siempre los que tiene más a mano, ni los más livianos, ni seguramente los escoge porque tengan algún oscuro vínculo con su propia vida. De hecho, a Jose le parece que su madre se esfuerza por ser lo más indiscriminada posible. Me asegura que ella disfruta eligiendo aquello que más se opone a su último hurto. Ahora se le antoja un libro y después

una figurita de madera o una cassette. Algunos días, cuando Jose está estudiando bajo el flexo, su madre se detiene en el umbral del cuarto con las manos en los bolsillos de la bata y permanece inmóvil, con el rostro en penumbra, contemplando las paredes y los muebles, recreándose en silencio en la próxima elección, cuyas razones sólo ella conoce.

Evidentemente, a Jose no le hace ninguna gracia ser testigo de estas maquinaciones porque, entre otras cosas, este juego le perjudica mucho. Él tiene un sentido muy particular del ORDEN y cualquier cambio no previsto le pone de mala leche. Por eso procura adivinar, siempre sin éxito, qué objeto se va a llevar esta vez su madre. Jose tiene una percepción instintiva, casi sobrenatural, de su habitación y puede notar sin problemas que algo no está donde debería. Cuando abre la puerta de su cuarto se forma en su conciencia una idea exacta de todo cuanto hay en ella. Todo, incluso los objetos invisibles, ocultos, guardados o extraviados, lo puede intuir Jose sin apenas esfuerzo. Es su ORDEN y lo conoce muy bien. Hace años me contó que existen unas relaciones múltiples y secretas entre todas las cosas que pueblan su habitación y que cualquier nuevo objeto queda

ineludiblemente prendido de esas relaciones de forma circunstancial o permanente. Por eso es capaz de percibir cuándo uno de los cabos ha quedado suelto, porque en seguida las relaciones se rompen en cadena. Sería casi exacto compararlo a un castillo de naipes al que se le sustrajese una carta cualquiera -donde Jose sería la carta cumbre, la más afectada-. Cuando Jose pisa el umbral de su cuarto y enciende la luz -en verdad, ni siquiera esto es necesario- y percibe que algo ha sido desplazado, hurtado o infiltrado, necesita saber qué es y recomponer el orden. Normalmente le basta un golpe de vista para advertir una ausencia determinada e ir al trastero con la idea exacta de lo que busca.

Pero ha podido suceder que desaparezca algo sin que él sepa exactamente qué es. Se ha vuelto loco durante semanas, recorriendo centímetro a centímetro su habitación, intentando descubrir ese punto ilocalizable que su madre ha violado. Ha comprobado su colección de discos, sus fundas y los surcos de cada cara; los libros con sus páginas y cada letra y espacio en blanco; las fotos y cada uno de sus planos; el número y disposición de las chinchetas, los folios y los papeles que se acumulan

en sus cajones; los lápices, los bolígrafos, los pomos y las más insignificantes marcas de la pared. Hasta que su exploración exhaustiva no consigue descubrir el detalle que provoca la zozobra de su conciencia, los nervios lo destrozan y ni duerme por las noches pensando que su habitación inexorablemente se deshilacha y que pronto le tocará a él.

La madre de Jose no demuestra la menor sensibilidad respecto a las inquietudes de su hijo. El nunca la reprende, porque sabe lo mucho que esta buena mujer ha tenido que luchar en la vida y no quiere ser ingrato. Además, Jose considera que todo es tan suyo como de su madre y que ella tiene todo el derecho de tomar cuanto desee. Pero con todo, me confiesa a menudo un Jose compungido, sufre lo indecible cuando ella interviene de esta forma en su intimidad. Algún defecto en su organismo lo obliga a perseguir la perfección circular de su habitación, porque si no es así su conciencia tiembla de miedo y desamparo. Yo mismo he visto a Jose en estados incalificables, con la mirada fija en sus nudillos, que es por donde él dice que comenzará a deshacerse su organismo.

En los últimos meses, la manía de su

madre ha venido creciendo sin medida. Jose no me habla de otra cosa y muchas veces tengo que ingeniar excusas para poder marcharme y no caer yo también en la angustia que me describe. Es que su madre ha perdido incluso el pudor. Se pasea con toda tranquilidad por la habitación de su hijo aun cuando está presente, estudia, duerme o charla con un amigo. Entonces se empeña incluso en quitarle lo que sea que tenga en las manos. Y lo peor es que ella ha decidido que el trastero ya no es un buen depósito de objetos. Ahora los abandona en cualquier otro lugar o los destruye con toda naturalidad. Jose desespera. Fuera de su habitación y del acostumbrado trastero, sería incapaz de encontrar el más evidente de los cacharros. Es literalmente ciego en cuanto se refiere a aquellas propiedades que han sido movidas de su sitio, porque los objetos se camuflan a sus ojos y son pasto de un extravío definitivo. Entonces le cuesta un esfuerzo indecible hallar nuevas relaciones que aten los cabos que han quedado sueltos y con frecuencia, desengañado, se abandona a la espera de que su habitación se derrumbe por fin y lo sepulte.

La última vez que supe de Jose fue cuando vino a verme la semana pasada. Me dijo muy

excitado que iba a solucionarlo todo de una vez. Cuando me enteré, ayer mismo, de que el incendio que arrasó su edificio se había originado en su habitación, me sobrecogí al pensar que el menor golpe de viento podría desordenar para siempre las cenizas de mi amigo.

Exploraciones

No sé. Dejar entrar a alguien, así. Y renunciar a tantas formas diferentes, a tanta diversidad de juegos. Porque una vez transgredida la frontera costaría mucho volver a la rutina de antes, al espacio cerrado de la fantasía, sin que se resintiera por lo menos la capacidad de crear libremente el amor, el sexo, la entrega. Haría falta algo más que un leve indicio de que seguirás estando si decido arrojarme hacia ti. Porque los indicios se recrean hasta el infinito en las fantasías: se toman de cualquier gesto sin intención, de cualquier uso indiscriminado de la mirada. Y harían falta pruebas de peso para garantizarme que esos indicios fundan realidades y no las acostumbradas construcciones mentales.

No sé. No se trata sólo de mi comodidad. Soy consciente de que a esa comodidad le falta algo de firmeza que la haga más cierta y más vivible a cada instante. Tiene sus inconvenientes, claro. Siempre

está por decaer, por arruinarse, aunque exista la certeza de su renacimiento. Por otra parte, reconozco que hay mucho de promiscuo. Una promiscuidad incurable y obligada. Y también es no ser más que uno mismo, un mero reconstructor de deseos y expresiones. Las mujeres que, sin saberlo, participan en el juego no son nadie fuera de mí. Me sirvo a placer de su incapacidad de decisión. Me entregan su imagen y sus gestos. Lo demás, las palabras y las caricias, lo pongo yo. Y a veces no sé si soy yo el que se mueve entre tantas mujeres. No podría asegurar que no pasan ante mí sin parar y que yo, mientras tanto, permanezco inmóvil, aceptando toda fluctuación.

Y ahora, aunque sólo parezca otra perspectiva perecedera más, te me ofreces. Y es exactamente así: te me ofreces. Yo, que jamás habría podido creer seriamente que de mi espera se deduciría nunca una relación real. No puedo negarme ni a mí mismo que me observas. Acaso estés practicando tú también tu propia consolación. Ello me hace pensar que, mirándonos y teniéndonos tan cerca -y conociéndonos ya tan íntimo desde tan pronto-, no nos costaría romper nuestros cercos y... ¿acercarnos hasta qué punto? En nuestras ilusiones sólo existe el

contratiempo de su fugacidad, de su debilidad física. Por lo demás, son emocionalmente perfectas y reales. Existe el mismo riesgo del desengaño, del castigo, pero también de la pasión. Además se pueden reiniciar sin fin hasta que la satisfacción sea perfecta. Pero si nos salimos de nosotros para meternos en el otro -de verdad, sin suposiciones-, ¿qué regreso sería posible tras el desengaño? Ninguno. Creo que lo sabes. Perdona, pero la posibilidad de consentir que participe alguien independiente de mí me preocupa y tengo que retirarte bruscamente la fijeza, a veces. Tú lo has notado, sin duda, porque tú también reaccionas con violencia desde tu distancia -el otro día, que te volviste de mí cuando la atención te reclamaba a la fuerza a mi derecha, donde un compañero peroraba vehemente-.

Por todo eso ambos necesitamos una verdadera prueba de compromiso y una garantía sin condiciones. Y eso es muy difícil desde el silencio, desde el puro mirarse o pensarse. Y ninguno de los dos va a romper sus normas y acercarse al otro sólo para probar, porque sabemos que a la mínima respuesta vendría la huída, de igual manera que si no hubiese respuesta. Sé que sabes, porque conoces esto

tanto como yo, que la entrega tendría que ser total. Acaso no debería mediar una sola palabra para no sentirnos empujados al arrepentimiento y al rechazo más visceral.

Ahora te sostengo la mirada y leo en ella los mismos reparos y las mismas reticencias que tú lees en los míos. Quizá debamos dejar que suceda, cuando la suerte nos encuentre juntos, en algún lugar apartado del ruido que te rodea, del espacio vacío que me rodea, del tumulto que te rodea, de la soledad que nos rodea. Ambos estamos esperando -ya no en secreto, pues lo compartimos - que eso suceda. Pero todavía me agita levemente la posibilidad de que todo fracase tras el primer ademán. Si hablastes, si yo te indicase o si alguno de nosotros intentase, nada sería remediable y todas las defensas volverían a desplegarse y volveríamos a nuestra consolación personal, aunque ya nunca sería igual. Pero si nos encontramos, sin esperarlo pero sin dudas, entonces sabes que sólo habría brazos y lengua y besos y un ardor que nos llamará al silencio y al suelo. Sabes que tus caderas buscarían mi cintura, tus pechos el acierto de mis labios, tus muslos la incursión de mi sexo. Sabes -sí, sí, me lo confirmas- que no importará

que yo no sepa amar, porque el espacio se llenará de nosotros. Y quizá luego, si nos queda aliento, nos lo guardemos y continuemos siendo perfectos desconocidos, pues la gente como tú o como yo no debe intentar conocerse, para no repetirse en exceso.

Yo me estoy muy quieto, aquí sentado. Espero que alguien pase y te esconda para poder apartar la mirada. Yo no voy a mover mis ojos de ti hasta que eso suceda. Y sé que tú tampoco lo harás, porque también esperas que alguien me oculte para bajar los ojos y devolverlos a tus amigos. Cuando suceda, y sé que este joven de aquí se levantará pronto, los dos ya habremos hecho un pacto.

Fricciones

Ayer me encontré con una vieja conocida. Yo llevaba una gruesa cartera y ella a un imbécil de la mano. Por eso, al hallarnos frente a frente sólo dispusimos de la mitad del cuerpo para acompañar nuestros afectuosos saludos con algún gesto. Yo toleraba bien la pesada cartera bajo el brazo y comprobaba con placer que no me impedía realizar movimientos fundamentales para aquel encuentro. Pero sí notaba, en cambio, que mi amiga sentía como una carga innecesaria la compañía del imbécil. Ella vivía las consecuencias de no tener libre la mano izquierda e incluso sucedía que la inmovilidad de ésta afectaba la articulación de la derecha, como si obedeciesen únicamente a la simetría. Yo quería manifestar mi disgusto por la peculiar circunstancia que concurría en nuestro encuentro, pero no me atreví a mencionarlo, en parte por respeto a una situación cuyo origen yo desconocía y disculpaba y en parte porque esperaba que ella misma actuase al respecto.

Si no intentaba obviar aquella presencia inoportuna, no tendría la paciencia de soportar la situación y el menor impulso me alejaría bruscamente de mi amiga. Por eso me esforcé en apartar de mí la molestia que todo ello me causaba. Traté de actuar con naturalidad y de creer que mi amiga tenía un defecto físico irremediable ante el que no cabía mostrar inquietud ni desconcierto. No quería incomodarla, pues ya tenía bastante con su carga como para que yo le impusiese la de mi propio disgusto. Sin embargo, tenía que hacer algo para evitar a toda costa que el imbécil adquiriese una dimensión impropia en aquel reducido espacio y acabase por ser algo a tener en cuenta. Procuraba concentrar mi vista y mi ilusión en el rostro de mi amiga y aislarlo de la línea descendente de su hombro izquierdo, que tendía a conducirme hasta la desagradable evidencia de su acompañante. Por momentos realizaba con éxito mi propósito y olvidaba aquella presencia junto a mi amiga, cuya figura -tan cercana a la mía- casi se desvanecía por completo. Pero sucedía que mi amiga, a pesar de unir sus esfuerzos a los míos para construir un espacio común e inviolable, perdía a ratos la concentración y ya en su rostro volvía a leerse

la incomodidad, con lo que el imbécil penetraba cual hedor en nuestra conversación.

En esos instantes no podía más que invertir todas mis energías en distraerla de su penosa circunstancia. Me llenaba de gozo ver que por momentos hacía como si fuera del todo libre y no hubiese ningún obstáculo entre nosotros. Esos breves lapsos de libertad me impulsaban a aplicarme con más empeño en conseguir que, por lo menos durante aquel corto encuentro, olvidase la vergüenza. Yo pugnaba por controlar mi talante y lograba mantenerme sereno gracias a mi infinita capacidad de comprensión y al profundo respeto que sentía por mi amiga -cuya extraña disfunción no iba yo a juzgar ni a condenar-. Pero un sentimiento inevitable de responsabilidad me urgía: quería liberarla, porque cada uno de sus movimientos y de sus palabras estaban condicionados de una manera insufrible. Era que me afligía, en secreto, que mi amiga tuviera que pasar por un embarazo tan triste ante mí.

Tratábamos de hablar de cosas que sólo nos atañesen a nosotros para que nuestra conversación fuese excluyente. Pero había instantes en que ambos temíamos que el imbécil fuera a intervenir, no ya sólo

con su intolerable presencia, sino también de palabra. En esos momentos -que en verdad pasaban rápidos, con toda su angustia- yo planeaba dirigirme a él, aun sin mirarle, y rogarle que se descolgase de los dedos de mi amiga durante el tiempo que fuese necesario. Pero después veía con claridad el peligro de aquellos deseos que, de haberse llevado a cabo, habrían dado pie al imbécil a cualquier locura de la que ni siquiera yo habría podido zafarme.

Cosa curiosa, estas perspectivas acentuaban aún más la proximidad entre mi amiga y yo. Nos sentíamos ligados por un deseo mutuo de aislarnos de todo y de compartir solos la felicidad del encuentro. Nos mirábamos a los ojos y nos preguntábamos en silencio cómo no iba a ser posible comportarse con naturalidad y demostrarnos nuestro aprecio. Nos decíamos sin palabras que nada había que nos impidiera gozar de aquel instante. Pero entonces sobrevenía la tristeza, porque ¿cómo estrecharnos el uno contra el otro, cómo cogernos de las manos y entrelazar nuestros dedos, sin precipitar al mismo tiempo el contacto con el imbécil? A medida que avanzaban los segundos comprobábamos con pena que nuestra afectividad corría el riesgo de no hallar su

camino o de quedar impregnada de aquel testimonio ineluctable. Comenzábamos a comprender -ora rabiosos, ora mutuamente compasivos- que esta vez no habíamos sido afortunados. Convencidos de que otra tentativa chocaría inevitablemente con el imbécil, nos despedimos.

Les vi darme la espalda. Mi amiga se prendió del brazo de él y apoyó la cabeza en su hombro con dulzura. Débilmente, de soslayo, pronuncié un “adiós” que no pudo evitar ir al encuentro de ambos.

Impulso

En la terraza del hotel podía respirarse una mañana cálida y amable, gobernada por una quietud condescendiente y un silencio educado. El servicio era, si cabía, más disciplinado que el de otras áreas del hotel. Se trataba de un personal que sabía estar en su sitio favoreciendo la extraña y sutil armonía que suscitaba el conjunto. Podría decirse, incluso, que el menor movimiento, gesto o rumor obedecía a una naturalidad propia, a un ecosistema particular y perfecto.

La muñeca de T. hacía girar la cucharilla dentro del café con una cadencia mecánica. Sentado de espaldas a todo, T. ni siquiera se dejaba sentir los músculos. Los pensamientos, ceremoniosos, formaban una línea continua que se dejaba acariciar sin prisa. No importaba qué reflexiones caían en esta corriente. T. trataba a todas con el mismo afecto y consideración, como si se tratara de unas hijas

a las que acariciaba con amor. Era un estado de orden sumiso y servicial donde parecía imposible la incursión de la menor perturbación.

Una camarera salió a la terraza sosteniendo una bandeja. Un imperceptible tropiezo hizo temblar las tazas y se oyó una breve estridencia. Pequeña y repentina, la conciencia cayó sobre la nuca de T., que de pronto se dio cuenta de su postura y de cada uno de sus miembros. Quiso regresar de inmediato al olvido de sí mismo, pero sus sentidos se activaron definitivamente. Se le hizo incómodo continuar con las piernas cruzadas, con el cuello erguido y los ojos entornados. El giro de su muñeca sobre la taza de café perdió toda consistencia y derivó en una blanda inercia. Todo se convirtió en una creciente incomodidad que convertía en artificiales todos sus intentos por restablecer la dulzura de antes. Ahora era consciente de su cuerpo hasta el punto de no saber dónde meterse los gestos. Sentía la imperiosa obligación de justificar cada movimiento y al mismo tiempo de encontrar uno solo que fuera necesario y pertinente. Miró con rabia a la camarera, que ni siquiera se había dado cuenta del desbarajuste que había provocado. Ahora, para colmo, pasaba por

su lado rozándole el hombro con su codo, como si quisiera acabar de entregarlo al enfado más absoluto e irrecuperable.

Incapaz de sostener la tensión de encontrarse tan de pronto en el vacío de la indecisión, T. descruzó las piernas con un movimiento enérgico y se levantó. Al tiempo que recogía con una mano la pipa y el papel de fumar y se los llevaba al bolsillo hizo una señal a uno de los camareros para que se acercara.

He decidido marchar hoy mismo. Por favor, hágaselo saber al gerente del hotel – le dijo secamente sin mirarle a la cara.

Pero señor- respondió el camarero, un poco contrariado – Tenía entendido que se quedaría con nosotros hasta pasado mañana.

T. lo miró esta vez a los ojos y añadió que estaría a punto para partir antes del mediodía. En cuanto T. entró en el salón principal oyó que el camarero llamaba a dos hombres y les daba unas instrucciones con vehemencia. No había dado cuatro pasos hacia los ascensores cuando vio al mismo camarero que se le adelantaba sin escatimarle un saludo respetuoso y se dirigía rápidamente a la

recepción. Mientras caminaba, con los ojos puestos en los mandos del ascensor, advirtió por el rabillo del ojo que de repente todo el hotel e había movilizadado preso de una enorme agitación. El inmenso salón, que antes se le había antojado tan innecesariamente austero y vacío, se llenó de un rumor excitado, de pasos y de cuerpos hiperactivos que luchaban por cumplir con una misión y coronarla con éxito. Antes de entrar en el ascensor, donde ya le esperaban con una exagerada reverencia dos mozos, T. adivinó que todo un mundo de febril y frenética actividad germinaba a sus espaldas.

Durante la subida los mozos repitieron con una enfática insistencia que lamentaban mucho la marcha del Señor, que sentían tener que despedirlo antes de hora, que esperaban que el servicio que le habían ofrecido durante aquella semana –que ahora quedaba tan corta- hubiera sido de su agrado, que más cosas que T. tuvo que interrumpir para salir sin más dilación del ascensor. Para llegar a su habitación tuvo que sortear a tres sirvientas que también parecían enteradas de su marcha y que se esforzaban, a pesar de su extrema timidez, en comunicarle su pesar. Frente a su puerta le esperaba el gerente del hotel

visiblemente excitado. Iba acompañado del cuerpo de camareros. Le expresaron muy efusivamente su tristeza por una partida tan repentina y le obsequiaron con una pluma de la casa. Por fin, T. se deshizo de aquellos hombres, entró sano y salvo en la habitación y se puso a hacer las maletas.

Mientras doblaba sus cosas con una parsimonia que sólo podía emerger de la duda, sintió que se había precipitado. Quizás no debería haberle dicho eso al camarero con aquella determinación. Sacó las camisas del armario y las dobló con sumo cuidado. Mientras las colocaba en las maletas se dijo que quizás podía haberse ido de la terraza sin decir nada y esperar a que se esfumara su disgusto. Tomó dos pares de zapatos de piel y los dispuso lentamente en los flancos de la maleta más grande. En ese momento, mientras él estaba solo en la habitación haciendo las maletas con desgana, se imaginaba la agitación que había provocado en el vestíbulo. No era desde luego una hora ni un día habituales para marcharse. Era casi mediodía y, a menos que se tratase de una urgencia, y este no era el caso, cualquier empleado del hotel se extrañaría de verlo marchar antes de comer. Además, no pasaban trenes a aquella

hora. A la vez que doblaba los pantalones sobre las camisas y dejaba caer libros y corbatas dentro de las maletas, T. imaginó las calles desiertas, el camino desolado hacia la estación que seguramente tendría que hacer a pie si también faltaban los coches. Se imaginó a sí mismo sentado en el banco del andén vacío, esperando en vano a que abrieran la taquilla.

Se vio haciendo cabalgar en balde los dedos sobre las rodillas, como si realmente esperase la llegada de un tren que no había de pasar por aquel pueblo hasta la noche. ¿Y quién no se daría cuenta de su artificialidad? ¿Quién no se preguntaría, al pasar casualmente por delante de la estación, qué hacía allí, a esas horas, aquel hombrecito cargado de maletas? ¿Qué pose tendría que adoptar para ser convincente, para no dejar lugar a la sospecha de que su impetuosa marcha no era más que un acto presuntuoso? Tamañas perspectivas le descorazonaron. Cerró la maleta con todo el desmayo de su espíritu. Llamaron a la puerta.

En cuanto abrió y levantó la mirada se encontró con el camarero de la terraza. Por un momento vislumbró la oportunidad de deshacer el malentendido. Ahora le explicaría, sin dejar por

ello de hablar con autoridad, que había decidido quedarse hasta la fecha convenida. Pero el camarero se adelantó.

Vengo a recoger las maletas- dijo con un tono difícil de replicar.

Eso es lo que quería decir, yo...

Sí, Señor. Qué mal nos sabe a todos que tenga que marcharse tan pronto, en estas circunstancias. Me han encargado que le ayude. Si me permite.

El camarero cruzó la puerta donde T. estaba clavado. T. buscó la manera de tantearlo para hacerle desistir de su propósito, pero ahora el camarero le daba la espalda y era inabordable. El joven encontró las maletas sobre la cama y las cogió sin dilación. T. lo vio acercarse de nuevo. Parecía imposible detenerlo porque ahora más que nunca se había adelantado a sus deseos como si quisiera complacerle con la máxima eficiencia. O bien como si la decisión que T. tomara en la terraza hubiera desplegado ya unas consecuencias irreversibles. El chico salió fuera con las maletas y se dio la vuelta solo para decirle que le esperaría abajo. T. asintió lentamente con la cabeza, pero esto el camarero no lo vio porque ya había entrado en el ascensor.

T. echó un último vistazo a su habitación. Se paseó por el salón y el dormitorio y terminó de recoger el tabaco y el abrigo. Un leve instinto le sugirió que se diera prisa en bajar porque el personal del hotel se impacientaría y a lo peor ni siquiera encontraría al camarero para despedirle. Era casi la hora de comer. Decidió bajar por las escaleras y recorrer los cuatro pisos hasta el vestíbulo. Los pasillos, a medida que los alcanzaba, aparecían deshabitados. Todo el mundo debía haber ido al comedor y ahora participaba de un rito al que T. ya no tendría acceso. Al llegar al vestíbulo echó una ojeada a las puertas del comedor. A través de los vidrios se distinguían las siluetas de los demás huéspedes del hotel, que charlaban animadamente al compás de los cubiertos y de una música dulce. T. se quedó quieto por un momento, dejándose seducir por el rumor que le llegaba a media voz. El camarero, que le esperaba sólo junto a la puerta de salida, lo llamó para que se diera prisa. No había ninguna prisa, de hecho, pero el camarero desearía correr a cumplir con sus servicios en el comedor, a servir las mesas, a escuchar las voces y tomar las comandas, a pasear entre los clientes y dejarse llevar por aquella música fina y armónica, a ocupar su sitio dentro de un

orden perfecto y placentero, lejos de la estridencia del silencio que gobernaba el vestíbulo y de aquel vacío donde uno no podía menos que sentirse suspendido en el error, en la hora, el día y la acción equivocados.

T. comenzó a caminar. El camarero acababa de abrir la puerta. A través de ella podía ver el camino de piedra que bajaba hacia el pueblo. Y ahora daba la impresión de que fuera hacía frío. Mientras se acercaba a la salida T. se puso el abrigo. Cada vez era más lejana la música del comedor y más cercano el silbido de una ventolera. Antes de que T. llegara al umbral el camarero ya había puesto las maletas en el rellano del porche. Le invitaba a salir con una profunda reverencia. T habría preferido que no exhibiera aquella evitable señal de expectación, de despacho definitivo. No dejaba de pensar que su marcha no era atendida por nadie, que era como una huida inútil que nadie iba a impedir.

Antes de ser amablemente empujado hacia fuera, se esforzó en vano por encontrar un motivo para salir, una justificación que no le dejase en el más absoluto de los desconciertos cuando el camarero cerrara la puerta a sus espaldas y quedase en evidencia ante la crudeza del viento.

Inquietud

De repente ya no podía seguir leyendo con calma. Se le había ocurrido una tontería y ahora le inquietaba que algo pudiera ocurrir. Estaba sentado en una silla plegable en el balcón de su casa, disfrutando de la luz y del calor del sol con un libro entre las manos cuando empezó a mirarse las piernas, que tenía estiradas en dirección a la barandilla. Se miró los zapatos marrones y, sin saber por qué, se le ocurrió que si le daba por levantarlos y apoyarlos en la baranda alguno se le saldría e iría a parar a la calle. Estaban lejos de la barandilla y era necesario hacer un esfuerzo para apoyarlos en ella y más aún para dejarlos caer. Pero ahora no podía volver a la lectura como si nada. ¿Y si en un descuido su inconsciente le conducía a una postura que facilitase la caída libre del zapato? Podía verse a sí mismo en una posición difícil, con un zapato en un pie y un calcetín blanco en el otro. Tendría que incorporarse con torpeza y

estaría obligado a mirar por el balcón para examinar el resultado de su desliz.

Ahora sentía nervios en las piernas. La mala postura les imprimía picores cada vez más insaciables. En cierto modo, sus pies le pedían que los apoyase en la barandilla porque querían comprobar mediante un ejercicio consciente que no era posible que en el transcurso de la lectura se le saliesen los zapatos y fueran a parar a la calle. En su imaginación se revolvía la imagen del descalzamiento con una facilidad asombrosa, como si aquello no fuera sólo posible, sino altamente probable. Sus pies, azuzados por el calor, le exigían tranquilidad y no la inoportuna actividad a que los estaba sometiendo agitándolos rápidamente para sacudirse el picor.

Ahora la lectura era totalmente imposible mientras no resolviese el asunto de sus pies. ¿Debía llevarlos, tal como imaginaba, hacia la barandilla, y apoyarlos allí para tener una prueba de que nada podía pasarle a sus zapatos? Cuanto más demoraba este sencillito experimento de refutación, más imágenes de posibles descalzamientos y de intentos denodados de salvación se acumulaban en su mente. Ya le iba pareciendo peligroso intentar la

prueba. Pero también lo era no hacerlo, porque la inquietud trepaba por sus piernas de tal manera que pronto perdería el control y éstas se abalanzarían contra la barandilla en busca de una constatación definitiva de que no había riesgo alguno. En su dilación -que acentuaba cada vez más la sensación de peligro no resuelto- se veía a sí mismo en una estúpida contorsión, intentando agarrar el talón del zapato que, tontamente, había acabado de desprenderse. Se veía introduciendo una mano entre los barrotes del balcón para intentar cazar el zapato que le colgaba del pie mientras su pierna temblaba por el desequilibrio; o bien intentando, con un rotundo fracaso, hacer saltar el zapato hacia arriba con el ánimo de que describiese una parábola de retorno. En cualquier caso, le parecía inevitable que si acercaba los zapatos al balcón éstos acabasen saltando por la borda. Por eso el miedo le hacía retrasar más y más el sencillo experimento y acumulaba la obsesión de descalzarse sin querer.

Sin darse cuenta había estado encogiéndose en la silla de plástico y su tronco estaba casi junto al suelo. En su temor por perder el calzado no había prestado atención al recorrido que, efectivamente,

estaban realizando sus pies: hacia la barandilla, ya tocándola, ya casi trepando por ella. Se corrigió asustado. Se apretó contra la silla. No se atrevía a ponerse de pie -quién sabe si su cuerpo, amasijo de nervios, se arrojaría por el balcón en un impulso sin control-. Procuró calmarse. Tenía el libro entre los dedos. En sus páginas empezaba a dibujarse la huella húmeda de su pulgar. Se daba cuenta de que todo se reducía a una paranoia. Claro que estaba el traqueteo creciente de sus pies inquietos... pero podía solucionarlo marchándose poco a poco, dando la espalda al balcón y metiéndose en casa. Eso sería, sin embargo, conceder una importancia desproporcionada a una obsesión pasajera y fruto del calor. No. Mejor tomar aquello con humor. De acuerdo. Imaginaba que se le caía el zapato. En el peor de los casos le daría en la cabeza a alguien - con la peor suerte a un bebé en un cochecito que en ese momento abriera la boca para bostezar-. Pero era del todo imposible que la goma de un zapato produjese lesiones irreparables en nadie. Un zapato en la calle. ¿De dónde habría caído? Eso sólo lo sabrían los transeúntes que fuesen testigos directos de lo que sucediese. Antes que pasar el tiempo

tratando de adivinar de qué piso procedía el zapato -no necesariamente del mismo lado de la calle- lo tomarían como una anécdota y seguirían caminando para no alimentar su propio desconcierto y el de los demás peatones. Después el zapato pasaría a ser un mero objeto callejero, sin importancia alguna. Acaso alguien lo vería y evocaría la historia imaginaria del zapato, pero nada más. Él, por su parte, tenía otros zapatos y le haría gracia ver todavía el suyo -sin reconocerlo como propio, por supuesto- en la acera, en sus idas y venidas al trabajo.

Entonces, con una sonrisa que se le había dibujado insensiblemente en esos instantes, miró al edificio de enfrente. Una mujer mayor le estaba mirando. Su sonrisa se torció. ¿De verdad había creído que podría ocultarse en su balcón después de tirar el zapato? ¿No había visto que los vecinos también estaban -con todo el derecho del mundo- en sus balcones, algunos situados a la misma altura o por encima del suyo? ¿Es que había olvidado que podían ser testigos de todo desde sus posiciones: de sus contorneos, de sus raras posturas y aproximaciones al balcón y, finalmente, del descalzamiento y caída libre del zapato? ¿Y si hubiera sido peor? ¿Y si en vez de la

tensión en los dedos de los pies, en vez de la urgencia de calmar la obsesión por sus zapatos, hubiera habido un niño -su hijo u otro- junto a él que hubiera suscitado una remota posibilidad de accidente? Lo habría tomado como una tontería, al principio. Como un pequeño fantasma de la imaginación. Pero pronto habría sido urgente calmarlo mediante el experimento de acercar el bebé al balcón y probarse a sí mismo que no se le caía al vacío bajo la mirada atenta del vecindario.

Un juguete

En un extremo del salón, el niño está jugando con un solo juguete. Sólo puede utilizarlo de UNA manera. No tiene distintas aplicaciones y se presta muy poco a la imaginación. Si fuera una caja de zapatos serviría para muchas cosas. Pero no es este el caso y el juguete sólo sirve para emular aquello que está destinado a emular. El juguete tampoco hace ningún ruido. Es más, su naturaleza invita al silencio, pues no permite recrear ruidos de motores o disparos. A pesar de ello, y a pesar también de que el niño está muy lejos de la madre, que está sentada al otro extremo del salón, ella ha tenido que levantarse; ha tenido que recorrer la enorme sala soportando sus varices para llegar hasta su hijo y pedirle con buenas palabras, aunque graves, que no haga ruido porque interrumpe su descanso. Ahora la madre se da la vuelta y contempla con desaliento la enorme alfombra que tiene que atravesar para volver a su mecedora. Está a

punto de emprender el largo trayecto cuando el niño, con una reacción sin duda infantil, responde: “Pero si no hago ruido”. El acento del niño es aburrido y va acompañado de un resoplido cabizbajo. Se diría que el crío tiene algún reproche que hacer. Si no fuera porque queremos ser objetivos tenderíamos a pensar que el niño protesta. Al oír estas palabras la madre se detiene. Su porte, cansado y encorvado, sostiene una breve tensión, pero consigue dominarse y, aunque el esfuerzo casi la rinde, sigue caminando para alcanzar su merecido descanso al otro lado de la gigantesca sala. Sin embargo, a partir de ahora su viaje es más penoso, porque el comentario de su hijo la ha puesto nerviosa.

El niño sigue usando una y otra vez su juguete porque con él puede jugar sin fin. Al rato alza la vista y apenas distingue a su madre allá lejos. Se está sentando con mucha lentitud en su mecedora. Los enormes ventanales están cerrados, pesadas cortinas caen sobre ellos. Como no hay ninguna lámpara ni vela encendida la luz es mortecina y se atenúa a medida que avanza la hora de la tarde. En el jardín se oyen algunos pájaros que continuarán piando débilmente hasta bien entrada la noche.

Entonces les sucederán los grillos.

De pronto, al niño se le ocurre algo nuevo. Ha logrado inventar un sonido que le va muy bien al juguete y consigue, a pesar de sus limitaciones, que se parezca a otra cosa. El niño comprueba que imaginar y jugar son posibles al mismo tiempo. Se pone entonces a mover el NUEVO juguete y a producir ciertos ruidos en combinación. Su timbre infantil se propaga con suma facilidad por la enorme habitación. Puede decirse incluso que, dado el silencio que reina en ella, lo hace con una libertad excepcional, como si su voz se hubiera propuesto gobernar el vacío. El niño está muy concentrado en su nuevo juguete y no repara en su madre que, al otro lado de la alfombra, ha vuelto la cabeza hacia él. Su rostro es menos que una sombra y en sus trazos desdibujados no se aprecia ninguna expresión. Sin embargo sus manos blancas y enervadas destacan en la distancia agarrándose con firmeza a los brazos de la mecedora. Al otro lado del salón, el niño sigue jugando sin preocuparse.

Cuando el niño comienza a explorar las distintas posibilidades de su nuevo juguete topa de frente con las zapatillas de su madre y, al levantar

la cabeza, se encuentra con TODA su madre. Ella le mira adusta, pero se contiene. Le repite que no quiere ruidos en casa y que se esté quieto. Tras estas palabras algo severas la madre se relaja —o se debilita— y empieza a dar la vuelta de nuevo sin atreverse a alzar la vista sobre la agotadora extensión de la alfombra que tiene por delante. Aunque la madre ha sido muy razonable, el niño hace un mohín y suspira como enfadado. El suspiro llega de dos maneras distintas a la madre: como un ruido impertinente que de pronto troncha la calma y como una ligera corriente de aire que roza sus talones. Ambas cosas —juntas o separadas— la obligan a cerrar las manos que hasta ahora tenía abiertas. La madre empieza a asumir que no va a bastar con buenas palabras. Si ahora emprende su viaje a la mecedora es posible que no llegue a terminarlo y se vea obligada a volver atrás. Le duelen las piernas, las varices se le hinchan. Debe hacer enormes esfuerzos para sostenerse en pie. Se queda quieta un momento y escucha con el rostro de perfil. Si oye una sola palabra se volverá del todo y entonces el niño ya puede prepararse. En la oscuridad reinante no ve al niño, pero oye su respiración. Sabe que está mirando al suelo y que sigue moviendo su

juguete adelante y atrás, adelante y atrás. La madre respira hondo y procura distender los músculos. Sus manos se relajan y por un momento mira con esperanza hacia su mecedora. Entonces empieza a caminar muy despacio. No quiere oír nada durante el trayecto. Aunque le queda un largo camino hasta su asiento, sus oídos permanecerán muy atentos al menor ruido que se produzca a sus espaldas. No puede evitar los pájaros en el exterior, tampoco los grillos, pero en su casa debe reinar la calma que necesita su espíritu cansado.

Y a pesar de todo, a pesar de la actitud paciente y condescendiente de la madre, a pesar de sus viajes agotadores, el niño insiste en sacarla de quicio: exclama un “jo” seco y sonoro. El “jo” golpea a la madre por la espalda, la adelanta y se llega a las esquinas sombrías del salón para apagarse allí con lentitud. El niño continúa tirando y empujando del juguete, pero esta vez la madre se ha enfadado de verdad. Da media vuelta y comienza a dar grandes pasos sin pensar en sus varices. Esta vez no pedirá al niño que por favor calle y se esté quieto. Esta vez estampa una sonora bofetada en la cara del niño, que gira noventa grados. Y antes de que al niño se le

ocurra soltar un chillido desastroso, la madre se agacha —con todo el sacrificio que tamaña acción supone para su salud—, le agarra por los hombros y mirándole a los ojos con extrema severidad le dice en voz baja: “No chilles que te doy”. Pero el niño todavía insiste y ya está a punto de decir algo cuando recibe dos, tres y cuatro cachetes rítmicos, secos y seguidos en la boca. Ahora sí que se calla. Ahora sí. La madre, acercando mucho los labios a la oreja del niño, le repite muy despacio que si no se está quieto, acabará con sus nervios. Le suelta de los hombros y se incorpora sin dejar de mirarlo. Como alborote, como haga el más mínimo ruido, como se mueva le jura que lo matará.

Todavía permanece unos segundos frente a él, alerta, advirtiéndolo con la mirada. Va a darse la vuelta poco a poco y emprenderá de nuevo la travesía de la alfombra. Está segura de que el niño la sigue con la mirada mientras ella se aleja, que no moverá un solo dedo.

El juguete yace abandonado sobre el linde de la alfombra. Afuera, hace horas que los grillos tomaron la noche. El hijo, inmóvil, lucha por no parpadear cuando una gota de sudor amenaza con resbalarle hasta los ojos.

Aforismo

Dos personas, padre e hijo, caminan por la montaña. Les separan 30 años de edad. El padre, vigoroso, hace su camino con las cómodas botas, no sin esfuerzo, y deja vagar el pensamiento por el fabuloso espectáculo de las rocas y los valles, de los bosques y los ríos cristalinos, como también del cielo y del ardor del suelo. El niño, en cambio, suda bajo el tremendo peso de su mochila y, aunque sus zapatos son más ligeros, siente que los pies le muerden los tobillos con severa insistencia. El muchacho no puede mirar al cielo ni a su alrededor, pues el calor que siente en el rostro le obliga a fijar la vista en el suelo. Cada cinco minutos pregunta: ¿Falta mucho, padre?

Y el padre no contesta nunca porque, diga lo que diga, su hijo seguirá sufriendo. No puede decirle que sólo están a una hora de camino porque,

en esas circunstancias, este parámetro de tiempo unido a aquél adverbio sería incomprensible para el niño. Tampoco puede contestarle que todavía están a una hora de camino, porque esto, dicho así, sencillamente destruiría al chico. Por eso calla y se aguanta la irritación y sigue caminando.

El hijo, que padece momentos en los que el agobio del calor no le deje ni respirar, insiste una y otra vez, cansado: ¿Falta mucho, padre?

El padre, que lo entiende todo, pero que es consciente de que esta circunstancia no altera lo más mínimo la condición del chico, interviene sólo ocasionalmente para infundirle una confianza efímera y pasajera.

Así transcurre esa hora y cuando, por fin, ambos están a punto de tomar el agua de la fuente y de sentarse a la sombra fresca del refugio, el hijo muere. El padre, recogéndolo entre sus brazos, regresa unos pasos atrás por el camino y lo entierra en un recodo indefinido, para acordarse siempre de que alguna vez estuvo allí y de que con él hizo el camino.

Arquitecturas Mínimas

La **segunda edición** de este libro se acabó de
editar en 2007

